



ALAR BENET

EL COLOSO DE HIERRO





SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz (4.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (3.ª ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz (2.ª ed.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.ª ed.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
» 10.—LA REDADA por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(3.ª edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet. (2.ª edición.)

- » 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.^a edición.)
- » 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.^a edición.)
- » 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.^a edición.)
- » 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny (2.^a ed.)
- » 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.^a edición.)
- » 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz. (2.^a edición.)
- » 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
- » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
- » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
- » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
- » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
- » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
- » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
- » 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.

En preparación:

TRAMPAS MORTALES.
CONTRABANDO FUNESTO.

«El juego organizado es una industria de 10.000 millones de dólares anuales, siempre creciente. Y éste no es más que un departamento del crimen»...

(United States News & World Report.)

I



N uno de los palcos del Opera House, del suburbio de Harlem, dos hombres de edad madura charlaban en voz baja, sin prestar ninguna atención al espectáculo, animado por un bello ramillete de «*glamours girls*». Eran el senador Harold Wallman y el inspector del Federal Bureau of Investigation, Stephen Hadfield. El primero insistía, una vez más:

—Sólo ustedes serían capaces de terminar con el actual estado de cosas. No me fío ni de los políticos ni de la Policía. Hay muchos millones destinados a comprar su silencio. Nadie ignora la perfecta organización de los sindicatos de juego ni aún los nombres de algunos de sus presidentes, camuflados en empresas o sociedades anónimas absurdas, y, sin embargo, éstos continúan su criminal industria, mofándose nuestras leyes. Jueces, magistrados y jefes de Policía son nombrados por la influencia de los sindicatos, y me

consta que entre mis compañeros los hay a sueldo de aquéllos a quienes tenemos el deber de combatir. Créame, inspector, si el F. B. I., no interviene en este asunto llegará un momento en que sea demasiado tarde.

Stephen Hadfield meditó unos segundos en silencio antes de responder:

—No sé qué razón le ha impulsado a confiar en mí, senador, pero se lo agradezco, aunque yo nada puedo hacer. Es Hoover[1] y, en definitiva, el Gobierno, el que tiene la palabra. Nuestra organización está ahora empeñada en una labor llena de dificultades: el contraespionaje.

—Si le he elegido a usted es porque me consta que odia a los sindicatos por razones sentimentales. Su hermano...

—No siga, Wallman. Las últimas noticias que tuve suyas fueron deplorables. Acababa de cumplir una condena por estafa. Yo le aseguro, senador, que Dick es un buen muchacho, pero muy orgulloso. Por pagar unas deudas de juego cometió una acción reprochable y se marchó de casa «para no deshonorarnos», según nos dijo. Desde entonces ha ido rodando cuesta abajo. ¡Sólo Dios sabe dónde y cuándo parará!

Stephen Hadfield, el inspector más considerado en el F. B. I., por su valor extraordinario y su privilegiada inteligencia, inclinó la cabeza con pesadumbre. Harold Wallman, poniéndole una mano sobre el hombro, se conmovió:

—No era mi propósito entristecerle, más piense que, como su hermano, son cientos los muchachos jóvenes que se pierden, días tras días, en esos tugurios, junto a la ruleta. No pretendemos obtener el apoyo oficial del

F. B. I., sino el personal de usted.

—¿Pretendemos, ha dicho? —interrogó Hadfield, mirando con curiosidad a su interlocutor—. Creí que me hablaba en nombre propio.

—No. Me explicaré brevemente. Un grupo de senadores acordamos costear los servicios de uno o varios agentes, que, a título particular, utilizando los mismos procedimientos que los

sindicatos, destruyeran sus organizaciones, obligándoles a enfrentarse con la Policía. Me acordé de usted y pensé que tal vez no le fuese difícil conseguir unas vacaciones de sus superiores y encargarse de ello. Ahora, suya es la palabra. Es grande la corrupción que existe en las altas esferas. Sólo hay algo insobornable: el

F. B. I.

Requiero su ayuda oficial o personalmente. Si acepta prestará a la patria un servicio inestimable.

—Lo sé, Wallman. Sin embargo...

Stephen Hadfield luchaba con dos sentimientos sagrados. Uno, el del corazón. ¡Tenía que vengarse de los que hicieron de su hermano un malhechor! Por otra parte, no ignoraba que si emprendía la empresa y en ella veíase obligado a matar, colocábase fuera de la ley. Su organización no le ampararía.

De la sala llegaban a sus oídos los acordes de una música alegre y retozona. Hadfield dirigió una mirada al patio de butacas donde un público heterogéneo gozaba de paz, ignorando las preocupaciones de unos hombres que, cara a la muerte, se afanaban por la ajena felicidad. Se decidió:

—Acepto. Mañana les espero en casa a comer. Conviene precisar detalles.

Mientras tanto, en el palco contiguo, un hombre se quitaba de los oídos una especie de auriculares, separando de la pared una superficie redonda que comunicaba a su vez con un amplificador de sonidos. Hizo un gesto con la cabeza a otros dos, que le observaban atentos, y éstos, cogiendo sendas ametralladoras «Thompson», salieron al pasillo y, penetrando bruscamente en el departamento que ocupaban Harold Wallman y Stephen Hadfield, dispararon contra ellos sus ametralladoras, con mortal acierto. El senador murió instantáneamente, segado su pecho por la ráfaga de proyectiles, pero el inspector aún tuvo la vista suficiente para hacer fuego con su inseparable «German Luger», abatiendo a uno de los «gángsters».

El asesino, luego de abandonar la ametralladora junto al cadáver de su compañero, descendió rápido por las escaleras, gritando a unos hombres que subían:

—¡Arriba se están matando!

Y, aprovechándose del confusiónismo reinante, se metió en un coche, que arrancó, perdiéndose en la noche...



ATENCION, LECTOR:

EDITORIAL ROLLAN publicará

¡PARA TUS HIJOS!

UNA REVISTA INFANTIL

II



O quiero que ni un segundo más continúe la actual situación. ¡Yo le pago a usted para que «haga» «crímenes» y no para que escriba ñoñadas!

Agnes Saladine, director del *Herald*, en pie tras su imponente mesa de despacho, vociferaba con el rostro enrojecido. Era un hombre de unos cincuenta años, de contextura recia y expresión poco grata. Sus manos, descomunales, poseían una mímica extraordinaria. Frente a él, serenamente y fumando calmosa un cigarrillo, Della Watkins aguardaba a que el temporal amainase, como tantas otras veces. Su rostro, de líneas perfectas, y su cuerpo, armónico y turgente, contribuían a dar a la oven un singular encanto. Sin embargo, su máximo atractivo era una leve sonrisa, entre picara y burlona, que bailaba en sus ojos, negros como un mal pensamiento. Acostumbrada a escenas semejantes, oía las airadas

palabras de su jefe sin prestar mucha atención.

—Somos el periódico peor informado de Nueva York. Y ello ¿por qué? Porque estoy rodeado de ineptos y de tontos... ¡Sí, de tontos...!

Della intentó interrumpirle:

—Pero...

—¡Cállese! —rugió Agnes Saladine, esgrimiendo unas galeradas—. Sólo a usted podía ocurrírsele escribir esto —y leyó—: «Ciento veinticinco mil toneladas de cemento, dos mil obreros...». ¡Para qué pago yo un redactor de sucesos! «¡Un rascacielos!» —resopló, para añadir con ironía—: Claro... ¡hace tantos años que no vemos ninguno!

—Óigame, es que... —quiso decir la muchacha.

—¡La he dicho que se calle! ¿Ha leído usted los periódicos de la mañana? No; es cierto que no. Es usted una periodista de las que no lee la Prensa. Pues empápese de lo que dice el *Evening Star* el *Daily Mirror*, el *World Affairs*, cualquiera. Todos dan la noticia, a grandes titulares, del doble asesinato de anoche en Harlem. Los muertos son, por si no lo sabe todavía, el senador Harold Wallman y Stephen Hadfield, inspector del

F. B. I.

¡No sé cómo no me ha dado un ataque de rabia al leer lo que usted escribió y nosotros hemos publicado! Cuatro líneas —Agnes Saladine esgrimió un periódico, leyendo—: «Dos asesinatos más. Anoche, en el Opera House, varios “gángsters”, armados de ametralladoras, dieron muerte a dos espectadores en un palco del teatro. Uno de los atacantes pereció. ¡Usted ha dicho eso del suceso más sensacional de la semana!

El director del *Herald* tiró el diario contra el suelo. Por fortuna para Della, el timbre del teléfono comenzó a sonar. Saladine, tanteando nervioso la mesa, extrajo un aparato, enterrado entre montones de papeles y fotografías. Gritó:

—Sí... diga... ¡Suéltelo de una vez y no divague!... Sí... Sí... Ahora mismo mando a la Watkins para allá. Usted siga en lo suyo.

Colgó bruscamente y luego, tendiendo una cuartilla, en la que, durante la conversación telefónica, había escrito unas líneas, ordenó a Della:

—Vaya enseguida a estas señas. Bárbara Skinner, esa estúpida

millonaria, ha intentado envenenarse porque se le ha muerto su perro favorito. ¿Lleva su máquina?

—Sí.

—Haga una fotografía al chucho y otra a ella. Cuide mucho de indicar claramente a quién pertenece cada una, no vayan a confundirse en la imprenta. ¡Ya le tenía ganas a la histérica ésa!

—Es usted terrible, jefe —observó la periodista, sonriendo—. ¿La pongo muy en ridículo?

—No. Límitese a retratarla. Ya es bastante. No quiero pleitos. El título de la información quiero que sea: «Bárbara hace una barbaridad». Hasta luego.

Della Watkins, encajando deportivamente la despedida, cogió el bolso, que dejara sobre una silla, y abandonó el despacho del irascible director, dirigiéndose a la Redacción, amplia sala en la que las máquinas de escribir producían un ruido infernal. Un hombre de aproximados treinta y cinco años la abordó:

—¿Qué tal la foca?

—Voceando, para no perder la costumbre. Resérvame espacio para sesenta líneas y dos fotografías.

Sammy Bachmann, redactor Jefe del diario, advirtió:

—Procura que sea interesante. Desde hace tiempo, tus informaciones no le gustan al director.

—Se hará lo que se pueda. ¿Qué estás escribiendo?

—Un canto a la paz y a la felicidad. Como verás, el ambiente no puede ser más propicio. Ahí llega una sirena.

Donald Scott, redactor del *Herald*, grueso, sudando y en mangas de camisa, intervino:

—Oye, Sammy. ¿En cuántos pedazos te parece que dividamos a la víctima?

—¿Qué pasó, en realidad?

—La cabeza separada del tronco de un hachazo, allá en Idaho.

—Está eso muy lejos. Córtale también las manos y los pies. Nadie irá a comprobarlo. Date prisa. Hay que cerrar esa página.

—Dentro de cinco minutos te le doy —terminó Donald marchándose, luego de guiñar un ojo a Della, la cual, en vista de que el redactor jefe se había abstraído en su trabajo, se marchó. Mientras descendía en el rápido ascensor vióse forzada a reconocer que llevaba una temporada en que la suerte no le era propicia.

Tomó un «taxi», dando un número de la Avenida del Parque, donde se alzan un buen número de suntuosas residencias de millonarios norteamericanos y se abstrajo en sus poco gratos pensamientos. La única vez que se le había ocurrido hacer una información sin salir de su casa, utilizando el teléfono, había sucedido algo sensacional. ¡Tenía razón el jefe para estar enfadado! Pensó luego en su artículo sobre el rascacielos en construcción alegrándose de haber sacado copia de él. Ya le convencería para que lo publicase.

El automóvil se detuvo en uno de los típicos embotellamientos de circulación clásicos en el Manhattan y luego reanudó su camino entre un incesante mar de vehículos.

Se apeó, en la Avenida del Parque, tras de abonar el recorrido, y despacio, anduvo unos metros.

De pronto sintióse violentamente empujada, cayendo al suelo, mientras una ráfaga de ametralladora sembraba el terror entre los no muy numerosos viandantes. Con la serenidad propia de una buena periodista Della Watkins extrajo del bolso una pequeña cámara fotográfica retratando a un coche que huía a toda velocidad.



Cayó al suelo, muerto casi instantáneamente

Alguien, a su lado, dijo:

—Buena suerte, señorita. Han estado a punto de matarla.

La muchacha se volvió, contemplando a un hombre joven, bien parecido, que la miraba sonriente. Repuso:

—Se equivoca. Carezco de importancia para que nadie atente

contra mí. Me alegraría haber logrado retratar ese automóvil.

Las personas que deambulaban por la acera en el momento en que sobrevino el incidente, reanudaron el camino, sin conceder gran importancia al suceso y obsesionados por la prisa que preside la vida en la gran ciudad.

Della, recordando el empujón que la hizo rodar al suelo, preguntó al joven:

—¿Fue usted quien me arrojó contra la acera?

—Sí. Los «gángsters» cometieron la gran imprudencia de asomar unos centímetros el cañón de la ametralladora. Tuve la suerte de verlos. Y le aseguro, señorita, que la apuntaban a usted.

—Padecerían un error. Desde luego, de un modo u otro he de darle las gracias.

—Créame —replicó él galantemente— que celebro la ocasión... a pesar del susto. ¿Qué piensa hacer con esa foto?

—Si la he obtenido, publicarla —aseguró la muchacha con firmeza—. Me llamo Della Watkins y soy redactora de sucesos del *Herald*.

—Yo Charles Wimsey, negociante. Vine hace unos días de Chicago. Y me estaba aburriendo en Nueva York. Si desea ir a algún sitio la acompaño en mi coche —y el joven señaló un «Nash», último modelo.

—Gracias —negó Della—, pero voy a trabajar. Me encuentro frente a la casa.

—Como guste. ¿Nos volveremos a ver?

—¡Quién sabe! —replicó ella evasiva—. Es posible.

Ciertamente no le desagradaba el porte correcto del hombre. Él, tras mirarla fijamente, rogó:

—¿Me permite ver su máquina fotográfica? Es un modelo muy manejable.

Della accedió gustosa y entonces sucedió lo increíble. Charles Wimsey penetró de un salto en su coche, cerrando la portezuela del conductor con el seguro y, poniéndolo en marcha, desapareció en pocos segundos. Los puños de la joven se estrellaron inútilmente contra unos cristales a prueba de balas.

Decepcionada la muchacha por el robo de su máquina y sin alcanzar a explicarse la serie de sucesos que le estaban ocurriendo en unos minutos, entró decidida en una lujosa casa dispuesta a

cumplir con su cometido.

No le contaría nada a Agnes Saladine, el director del *Herald*, para evitar una nueva explosión de cólera. Ciertamente hubiese sido un gran éxito la publicación de esa fotografía...

Atardecido, Della Watkins descansaba de las fatigas y las emociones de la jornada en su departamento de la avenida Fifth, preparándose algo con que cenar cuando la sobresaltó el timbre del teléfono. Descolgándolo, inquirió:

—¿Quién es?

—Un buen amigo suyo —le contestaron—. Escúcheme atentamente. No se le ocurra aparecer esta noche por el University. Tendrá un buen disgusto si lo hace.

Sin darle tiempo a que replicara colgaron el teléfono al otro lado de la línea. Della, irritada, comenzó a vestirse olvidándose de la comida. Luego, tomando un «taxi», se dirigió al Club University, donde acostumbraban reunirse los graduados de la Universidad.

El local era magnífico, denotando buen gusto. Las mesas hallábanse abarrotadas de público y, en lo alto de un templete, una orquesta interpretaba música de «jazz».

La joven miró indecisa a uno y otro lado pretendiendo descubrir a alguien conocido y entonces oyó a su espalda:

—Señorita, celebro mucho el verla.

Della Watkins, volviéndose, no pudo reprimir un gesto de ira y de asombro.

—¡Usted! —dijo.

—Sí —repuso Charles Wimsey, que la miraba sonriente—. No me equivoqué al imaginar su psicología. Deseaba verla para pedirle disculpas por lo de esta mañana. Su máquina va camino de la Redacción del *Herald*. Me costó mucho localizarla, no crea.

El hombre hablaba con una simpática desfachatez. La periodista habló:

—¿Qué pasaría si yo le denunciara?

—Nada de particular. Carece de pruebas, pero no adopte esa expresión, Della. Se le hacen arrugas en la frente y se pone fea. Yo le propongo que seamos amigos y que tomemos una cena fría en cualquier mesa. Así satisfará, de paso, su curiosidad de mujer. Supongo que le interesará conocer qué hice de la fotografía —

observando en la muchacha indecisión, él continuó—: Vamos, no me haga formar una opinión ñoña de usted. Tiene dos razones para ser audaz. Una la de pertenecer a esta generación forjada entre sangre y miseria; otra la de su condición de repórter.

Tales palabras acabaron de decidir a Della Watkins:

—Sea, pero que conste que no le perdono.

Los dos jóvenes se sentaron a una mesa, al fondo del local y a la izquierda de la orquesta.

El camarero se disculpó:

—No hay otra, señores. De veras que lo siento.

—No se preocupe y sírvanos unos «sándwiches» variados y una botella de «*champagne*». ¿Bailamos?

Della, conquistada por la audacia del hombre, accedió y su cuerpo estremeciéndose al sentir en torno a su cintura la suave presión del brazo de Charles Wimsey. Él la piropeó extensamente, pero la muchacha, deseando mantener una orgullosa postura, no respondió.

De nuevo sentados, la periodista inquirió:

—¿Tiré bien la fotografía?

—Perfectamente. El coche salió a la maravilla, pudiéndose distinguir hasta el número de la matrícula.

—¿Me la dará? Me agradecería publicarla.

La respuesta fue desconcertante:

—No quiera poner inútilmente su vida en peligro, señorita. Esta mañana vi claramente que pretendían asesinarla. Ignoro las razones y sí la he hecho venir con una treta aquí es para que me las explique.

—No fantasee, Wimsey. Soy muy insignificante para que nadie se ocupe de mí... a pesar de que recibo amenazas por teléfono.

Charles sonrió abiertamente:

—Decidí herirla en su amor propio. Es un buen procedimiento para hacer que las mujeres se comporten del modo que a uno le guste —el joven hizo una pausa, ofreciendo un cigarrillo a Della. Luego, tras de dar unas voluptuosas chupadas, empezó, como si volviera de otro mundo de pensamientos—: ¿De qué hablábamos? ¡Ah, sí! De la fotografía. El coche fue robado horas antes en Broadway. No nos da ninguna pista.

—¿Pista? ¿Contra quién?

La voz de Charles Wimsey sonó grave por vez primera:

—¿De veras no sabe nada, Della? No desconfíe de mí, que procedo de buena fe con usted. Dígame cuánto sepa. Es asunto de vida o muerte, no ya para nosotros, sino para los Estados Unidos.

Desconcertada plenamente, la joven replicó:

—No sé si es que se está burlando de mí. Le repito que ignoro de qué me habla.

Había sinceridad en su voz. El hombre, luego de mirarla con atención, comenzó de nuevo:

—Sin embargo, tengo el convencimiento de que hay quien no piensa así. Yo la creo, pero guárdese. Atentarán de nuevo contra su vida.

Como si sus palabras hubiesen sido una llamada, por la puerta central del establecimiento penetraron varios hombres, con el rostro cubierto por un pañuelo, y portando pistolas y ametralladoras «Thompson». El que parecía mandarlos, dirigió su mirada por el salón y distinguiendo a Della dio una orden, mientras la señalaba con el dedo. Dos «gángsters» comenzaron a acercarse a la muchacha que lo veía todo con los ojos desorbitados por el asombro y el terror. Mirando a Charles Wimsey, murmuró:

—¡Ah traidor!

Pero los hechos convencieronla rápidamente de lo temerario de su juicio, porque el joven, dándola un violento empujón la arrojó detrás del templete de la orquesta mientras, esgrimía una «Browning», hacía dos disparos con mortal acierto, matando a los que iban en su busca.

A partir de ese instante el Club University se convirtió en un infierno. Otros hombres hicieron fuego también y las ametralladoras comenzaron a vomitar su mortífera carga. Por fortuna alguien apagó la luz y en la oscuridad oyéronse los gritos histéricos de las mujeres, y las maldiciones de los hombres mientras los fogonazos surcaban las sombras con reflejos violáceos.

Della Watkins y Charles Wimsey, protegidos tras de la orquesta, aguardaban en la oscuridad. Una voz a su lado les dijo:

—Sígueme y no teman. Soy un amigo.

Una mano se les tendió en la sombra y conducidos por el misterioso desconocido atravesaron una estrecha puerta y, luego de recorrer un pasillo desembocaron en una especie de callejón, cerrado por los dos extremos. Las estrellas iluminaban tenuemente

una pequeña puertecilla, que abrieron. Varios coches, alineábanse junto a la acera.

El individuo que de modo tan providencial les sacara del atolladero, señalando un automóvil, dijo:

—Suban. Dentro de unos minutos será muy incómodo permanecer aquí.

En efecto, lejos comenzaban a oírse las sirenas de la Policía. Dos coches negros pasaron a gran velocidad junto a ellos. Charles Wimsey, impetuoso, gritó:

—¡Son ellos! Persigámosles.

—Ya lo hará la Policía. Nosotros caminaremos en dirección contraria.

El automóvil, un moderno «Packard», se puso en marcha, pero apenas habían recorrido unos metros cuando les detuvieron dos motoristas. El desconocido sacó su mano con una chapa a través de la ventanilla y los agentes, tras de saludarle, dejáronle el paso franco. Varios coches de la División motorizada pasaron velozmente ante sus ojos.

—Si no tienen inconveniente, me gustaría que charláramos un rato. Es lo único que les pido en prueba de gratitud.

Charles Wimsey, apretando una mano a Della, respondió por los dos:

—Desde luego. Tal vez sea usted el que nos explique algunas cosas.

El coche enfiló la calle treinta y tres parando en la esquina de la Quinta Avenida, frente al Waldorf-Astoria, el hotel famoso en el mundo entero.

Siempre detrás del hombre, que se había convertido en su providencial salvador, penetraron en uno de los ascensores hasta el piso doce, donde se apearon. El individuo extrajo una llave del bolsillo abriendo una puerta.

—¡Pero si es mi habitación! —exclamó Charles asombrado.

—Desde luego. Ningún sitio mejor para que no nos molesten y podamos estar tranquilos. Me presentaré. Soy el agente Roger Logan, del

F. B. I.

Usted, señorita, sé de sobra quién es: Se llama Della Watkins y es repórter de sucesos del *Herald*.

—Esto es tanto como pedirme que le diga mi nombre — reconoció Wimsey.

—Desde luego, pero sólo si quiere hacerlo. No es mi deseo que vean en mi al agente, sino al amigo, bastante más amigo de lo que ustedes se suponen.

—Bien, me llamo Charles...

—Por favor —interrumpió Roger Logan—, si no quiere no me diga nada, pero no me mienta.

Hubo un silencio hostil, Della escuchaba con curiosidad mal reprimida. El hombre de

F. B. I.,

enseñó la chapa y luego continuó:

—Yo era un gran amigo, el más íntimo de Stephen Hadfield, asesinado junto con un senador en el Opera House.

El falso Charles Wimsey, le miró sonriendo:

—Ya cambia la cuestión. Me llamo Dick. ¿Quiere decirme todo lo que sabe para ahorrarme temores?

—Con mucho gusto. Te marchaste de tu casa por deudas de juego, pero eras un buen muchacho. Has vivido en Chicago en «todos» los ambientes habiendo sido procesado una vez por una pequeña estafa. Sin embargo, aún no has cometido ningún delito de sangre. Cambiaste de nombre para no deshonorar el tuyo propio. Un gesto que fue muy acertado e indica que aún queda nobleza en ti. Cuando mataron a tu hermano, el Inspector Stephen, el hombre más valeroso del

F. B. I.,

nuestra organización investigó dónde te encontrabas enterándonos de que llevabas dos días en Nueva York. Fue fácil localizarte y me puse detrás de tu pista por ver si conseguías orientarme sobre una idea que me ronda en la cabeza desde el asesinato de Stephen. Gracias a ello he podido sacaros de allí esta noche. Perdona que te tutee, más quería mucho a tu hermano y deseo ser tu amigo. Me extrañó que anduvieras acompañado de una mujer.

Della Watkins, que había permanecido en silencio, dijo:

—Eso se lo explicaré yo. Esta mañana, cuando salía del periódico...

La muchacha hizo una minuciosa relación de todo lo sucedido, terminando:

—Aunque siempre creí que carecía de importancia, después de lo que ha sucedido en el University voy a tener que darle la razón a Charles, bueno a...

—Dick Hadfield que se pone a su disposición —sonrió el joven—. En fin, parece ser que ahora me corresponde a mí aclarar mi rara actitud hacia esta señorita, que corre un verdadero peligro no sé por qué, pero ella nos lo dirá después.

—Le repito que lo ignoro.

—Sí; pero tal vez nos lo diga aún sin querer al contarnos lo que hizo estos últimos días. Eso queda para el final. Antes quiero satisfacer su curiosidad.

Dick, con porte de hombre de mundo, se levantó de la butaca dirigiéndose a un pequeño armario de donde sacó dos botellas. Dijo:

«*Whisky*» para nosotros dos, Roger, y Jerez español, caro y difícil de encontrar en Nueva York, para Della. Creo que debemos beber antes una copa. Han sido muy fuertes las emociones.

Con gran elegancia sirvió los licores abriendo luego una caja de cigarrillos turcos. Los tres, mientras fumaban, reanudaron la interrumpida conversación. Fue Dick Hadfield el primero en hablar:

—Es verdad todo lo que has dicho, Roger y verdad es también que me decidí a regresar a Nueva York, días antes de la muerte de mi hermano, porque, habiendo tenido suerte en la ruleta y ganado muchos miles de dólares, decidí emprender una nueva vida. Ya sabrás que nuestros padres murieron hace unos años y que sólo tenemos una hermana casada que reside en Washington. Su marido es representante de una casa de licores y el que me aficionó a ese Jerez que bebe ahora Della.

—Y es magnífico.

—Desde luego. Por eso se lo ofrecí. Mas continuaré. Al leer en la prensa de la mañana la noticia del asesinato de mi hermano y las declaraciones de varios senadores que afirmaban haber enviado a su compañero Harold Wallman a recibir consejos de Stephen para terminar de una vez con la industria clandestina del juego llegué al convencimiento de que los habían liquidado por orden del Sindicato y en un segundo todos mis buenos propósitos se vinieron al suelo. Tenía que vengar al hombre noble y valeroso que honraba el apellido de mis padres.

Hubo una leve pausa, triste y dolorosa, respetada por Della

Watkins y Roger Logan. Dick continuó:

—Estoy bastante enterado del funcionamiento de los Sindicatos, pero como en Chicago existe una organización totalmente distinta a la de Nueva York me encontré desorientado. Allí, donde yo he vivido algunos años, está todo en las manos de varios elementos de la banda de Al Capone. Sabía que las carreras de caballos y los «números»[2] eran los principales negocios de los de Nueva York, más no conocía a nadie que me introdujera en el ambiente, porque no existe un solo control, sino que los distintos Sindicatos trabajan con plena autonomía, respetándose mutuamente, pues la absorción de alguno de ellos por otro traería matanzas por el fabuloso número de profesionales del crimen que tienen a sueldo. Son gente decidida, antiguos contrabandistas de licores. ¿La aburro, Della?

—No, Es muy interesante lo que dice:

—Lo celebro, aunque ya falta poco. Paseaba pensando en cómo establecer contacto con el juego de esta ciudad cuando de pronto vi que de un automóvil surgía el cañón de una ametralladora y que ésta apuntaba a una muchacha. Era usted, Della. Iba a perpetrarse un crimen, por el clásico procedimiento a tono con la mentalidad de los «gángsters». Lo evité. Luego, al saber que había conseguido fotografiar al coche, pensé que si publicaba esa foto, ellos —quienes fuesen— tendrían un motivo más para desear su eliminación. Por otra parte, quise investigar por mi cuenta con el deseo de introducirme en cualquier «gang» que me sirviera de trampolín para pasar desde allí al Sindicato. Fracasé rotundamente. El automóvil fue robado. Entonces me dio la corazonada de telefonearle a usted para verla. Fue algo instintivo que me avisó de que me podría poner sobre la pista. Alguna razón tendrán para pretender asesinarla. Lo hice. El resto ya lo conoce, Roger, de labios de ella. Unos labios preciosos, ¿verdad?

—Así es, Dick.

—Te ruego que me llames Charles Wimsey. Es mi nombre de guerra. Si algún día consigo rehabilitarme usaré el mío propio, pero creo que no lo conseguiré nunca.

Ahora fue Della lo que le interrogó:

—¿Y por qué?

Porque estoy decidido a llegar a lo que sea, aun fuera de la ley, con tal de vengar a mi hermano.

Roger Logan, el agente del F. B. I., que había escuchado en silencio la historia del falso Wimsey, repuso:

—Tal vez no sea preciso. Nuestra organización está detrás de los criminales y no olvides que constituimos la fuerza más poderosa del mundo. Ahora me agradecería saber qué es lo que ha hecho Della en los últimos días.

La muchacha refirió su vida de periodista terminando con la airada conversación de su director a propósito del reportaje sobre el enorme rascacielos de ciento cuarenta pisos que estaba alzándose en el sur de Manhattan, al final de la Quinta Avenida, donde los ingenieros derribaron algunas casas para poder realizar sus proyectos, así como a su trabajo con la millonaria que intentó envenenarse.

—Vulgaridades de mi profesión. Creo que hay un error o que me han confundido con otra persona.

—Es posible —fue la respuesta lacónica de Roger Logan, cuyos ojos se habían animado con un breve destello—. De todos modos guárdese. A partir de mañana uno de nuestros hombres mirará por su vida. En cuanto a ti, Dick, si descubres algo me telefonearás a este número, dejando el recado. Es gente de confianza. No te muevas de aquí para poder transmitirme lo que descubra. Deseo que trabajemos juntos en este asunto.

—De acuerdo.

—Puedes quedarte, si quieres; yo llevaré a Della a su casa en mi coche.

Y con estas palabras se dio por terminada la interesante reunión...



Si desea usted leer buenas novelas del Oeste
americano, compre

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

¡Un éxito más de EDITORIAL ROLLAN!

III



ARLES Wimsey no estaba decidido a aguantar pacientemente las órdenes del F. B. I.,

aun cuando éstas vinieran por conducto de Logan, y así, apenas desapareció el agente acompañado de Della, el joven, echándose al bolsillo un montón de deformadas monedas, salió a la calle decidido a poner en práctica la primera parte de su plan.

Recorrió «drugs», «cabarets», «dancings» y, en fin, todos los lugares donde había instaladas máquinas «tragaperras» en las que fue depositando las monedas defectuosas, estropeándolas.

Luego de fijarse bien en los establecimientos recorridos se fue al hotel disponiéndose a dormir. Dio muchas vueltas en el lecho, renegando. Quiso fijar la razón de su desasosiego, sin conseguirlo.

Al fin, surgió la figura deliciosa de Della Watkins y sonriendo se quedó dormido.

A la mañana siguiente, aun antes de desayunar, repitió la misma operación que la noche antes y después, tras de comer unos «sándwiches» por matar el tiempo se dirigió hacia el Empire State Building. Lloviznaba y apresuró el paso. A los pocos minutos tomaba uno de los setenta y cuatro ascensores del colosal edificio de ciento dos pisos, que debe su altura, como sus hermanos menores, al elevado precio del terreno en Manhattan, por lo que los constructores decidieron elevarlos hasta el máximo.

Conforme ascendía, Wimsey iba recordando detalles estadísticos del campeón de todos los rascacielos. Los raíles en total de los ascensores suman juntos ciento diez mil kilómetros; cerca de veinte mil personas trabajan en las distintas oficinas y las cuatro fachadas del Empire tienen un total de seis mil cuatrocientas ventanas. Su construcción duró dos años siendo inaugurado por el Presidente Hoover...

En el observatorio, junto a las antenas de la New York Broadcasting Corporation (N. B. C.),

tras de sacar el billete, Charles disfrutó de las caricias de los rayos del sol mientras las nubes bajas lanzaban sobre las calles torrentes de agua; pero aquello duró poco porque a la media hora el cielo estaba completamente despejado.

Encendió un cigarrillo y pasó el tiempo reconociendo por su particular fisonomía los grandes edificios que parecían servir de escolta al monumental rascacielos. El Walford Astoria, con sus cuarenta y siete pisos; el Chrysler Building, de setenta y siete; el Metropolitan Life, de cincuenta...

El observatorio se iba llenando de curiosos por lo que, molesto al no hallarse solo, Charles Wimsey abandonó el edificio y, mirando su reloj de pulsera, pudo comprobar que eran sólo las once y media. Hacía dos horas largas que inutilizó por segunda vez las máquinas «tragaperras» controladas por el Sindicato de juego de Nueva York.

Fue al Central Park y allí consumió el resto de la mañana. No estaba irritado, pues sabía que la labor que realizaba iba a dar pronto sus prometedores frutos.

Entró en un establecimiento de bebidas y al ir a depositar su

moneda en la máquina, le advirtieron:

—Cuide que no esté deformada. He tenido que llamar por dos veces a los mecánicos.

Wimsey, volviéndose al mostrador, repuso:

—Prefiero no hacerlo entonces. Póngame una taza de café...

Aprovechando un descuido, al marcharse, inutilizó la máquina y, como ella, todas las de la mañana anterior.

Pensó luego en telefonar a Della Watkins al periódico, pero se dijo íntimamente que su misión no consistía en enamorar a la muchacha, sino en vengar a su hermano. A la noche sería lo definitivo...

Roger Logan, informó a sus superiores de todo lo sucedido, rogando:

—Me gustaría tener un informe sobre el nuevo rascacielos.

Sus jefes se lo prometieron y el joven se dispuso a actuar...

En su habitación del hotel, Charles Wimsey sufrió una rotunda transformación. No le fue difícil caracterizarse recordando los tiempos en que lo hacía para actuar en funciones teatrales de aficionados. Cuando terminó la labor se sintió satisfecho. Nadie era capaz de reconocerle, con el negro bigote, las gafas de concha y la simulada cicatriz en la mejilla izquierda. Su pelo, rizado y en constante alboroto aparecía ahora liso y brillante por el fuerte cosmético. Tenía el aspecto equívoco de uno de esos hombres que sin actuar fuera de la ley merodean la criminalidad.

Salió del Walford, y bajando por la calle treinta y cuatro entró en tres locales depositando en sus máquinas monedas deformes. Al ir a entrar en otro establecimiento, alguien dijo a su lado:

—No te muevas o te dejo seco. Sube a ese coche.

Lo que esperaba había llegado. Aun sabiendo que su situación era difícil obedeció y apenas lo hizo cuando el automóvil arrancó para parar junto al East River, donde, siempre acompañado por los dos hombres que le encañonaban desde el interior de sus bolsillos, tomaron un «ferry»[3], desembarcando en Brooklyn, junto a la dársena Atlantic. Allí aguardaba otro coche, con un individuo al volante. Penetraron en él enfilando por Eastern Parkway para llegar, al fin, al cementerio Evergreens, donde pararon. Uno de los hombres abrió la verja del mismo caminando unos pasos en

dirección a la caseta del guarda cuya puerta estaba abierta. Un sujeto, de aspecto canallesco, le interrogó:

—¿Cazaste al pájaro? —Y como el recién llegado asintiera con el gesto, añadió—: Lo celebro. Nuestra labor está también hecha. Fue fácil reducir a ese pobre hombre.

Entraron todos y a poco se sentaban en una habitación, en torno a una mesa. Wimsey miraba con curiosidad a aquellos individuos, preguntándose la razón por la que le llevaron al cementerio, pero las palabras de uno de ellos le aclararon tal extremo:

—Te concedemos una oportunidad de salvarte si nos dices el nombre de quién te manda y las razones que te han movido a actuar. Si no obedeces te daremos una puñalada enterrándote en cualquiera de las fosas abiertas. Así no será descubierto tu cadáver. La Policía investiga demasiado y de este modo no conseguirá encontrarte.

El cerebro de Charles Wimsey trabajaba a velocidad vertiginosa. Ahora lo comprendía todo. Los cuatro hombres le miraban en silencio. Decidido a convencerles y a seguir paso a paso el plan que se había trazado, replicó con desfachatez:

—¿Las razones? Quinientos dólares y gastos pagados. El jefe es Cooks, del Sindicato de Chicago, adonde pertenezco.

—¡Mientes! —rugió otro que escuchaba en silencio.

—Como quieras, pero soy lo suficientemente listo para darme cuenta de que aquí llevo todas las de perder. En Chicago han cambiado mucho las cosas desde hace algunas semanas.

Mientras hablaba Wimsey sentía aún en la funda la presión de la pistola, una «German Luger», lo que le tranquilizaba. Además no le habían atado las manos. Tal vez confiaban en el número para aplastarle si intentaba algo.

—Escucha —dijo el individuo que segundos antes le había llamado embustero—. No sé si habrás oído hablar de mí. Me llamo Phil Clifton y soy el «boss» de Nueva York. Puedo hacer que te maten ahora mismo, pero prefiero que seamos amigos. Buena prueba de ello es que di orden de que no te molestasen y continuas aún con el arma en la sobaquera. No es un olvido. Prefiero que lleguemos a un acuerdo. ¿Cómo te llamas?

—Charles Wimsey. ¿Tienes un cigarrillo?

Phil le tendió un paquete, preguntándole:

—¿De veras te mandó Cooks? ¿Por qué?

—Muy sencillo. Si le conoces sabrás que es un ambicioso y que adora la lucha. Allí no hay nada que hacer. Las bandas se respetan entre sí y no hay motivos «para lucirse». Él es un profesional del crimen y se aburre en su vida de burócrata. Ha decidido unificar los Sindicatos y erigirse en amo absoluto. Ha mandado un buen número de hombres por ferrocarril para comenzar a crearse complicaciones. Yo creo que se trata sólo de una provocación. Si no, no me lo explico. A mí me dijeron que inutilizara las máquinas que pudiera. Y así lo he hecho. No sé la misión de los demás porque vine en mi automóvil directamente y por carretera. Hubo un momento que llegué a pensar que intentaban quitarme de en medio, pero una conversación con Cooks me convenció de lo contrario. Sabía que acabaríais cazándome y me alegro porque estoy harto de trabajar en Chicago. Prefiero Nueva York.

El «boss» hizo un gesto con la cabeza y dos hombres se lanzaron contra Charles, quitándole la «Luger». Sorprendido, el joven no reaccionó. Dijo con una gran serenidad:

—¿Es así como cumples tu palabra?

—Yo no te he prometido nada —le respondió Phil Clifton. He dicho que prefería que fuésemos amigos, pero a veces se ve uno obligado a matarlos también. No me interesa que vivas porque no me fiaría de ti. Lo siento. Kandy, ocúpate de él.

Wimsey, fanfarroneó:

—Antes se me ofreció una oportunidad. ¿Cuál es? En el hampa la palabra es ley entre los del oficio.

—Déjale que se defienda, jefe. Tengo ganas de divertirme con un individuo de éstos. Los cuchillos no hacen ruido y nos sobra tiempo. Hace mucho que no practico.

Era el llamado Kandy el que había hablado. Phil Clifton, accedió:

—Bueno. Así se marchará más contento al otro mundo.

Retiraron la mesa del centro dejando libre un espacio de unos tres metros cuadrados. El «gángster» sacó una larga navaja cuyos muelles chirriaron lúgubremente al abrirse. Charles, preguntó:

—¿Tiene alguno de vosotros algo parecido? Nunca me gustó llevar armas blancas. Siempre manejé mejor el «ukelele».

Uno le tendió un cuchillo y a los pocos segundos los dos

contendientes se observaban con atención. Charles confiaba, más que en su conocimiento de tal clase de lucha, en su extraordinaria agilidad. Kandy, seguro de la victoria, sonreía cínicamente. En torno a ellos Phil Clifton y sus secuaces. El joven miró a su derecha donde se abría un ventanal que daba al cementerio. ¡Si pudiera saltar por allí!

Fue el «gángster» el que inició el ataque tirándole una cuchillada al rostro, con la uña puesta en la punta de la navaja para no profundizar demasiado, pero Wimsey se echó para atrás y en un movimiento felino cruzó al otro lado de la habitación atacando a su vez. Kandy, sorprendido por tan rápido movimiento, apenas si tuvo tiempo de cubrirse con el brazo recibiendo en él una herida por la que comenzó a sangrar. Furioso se lanzó contra su enemigo encontrando solo el vacío. Un puño le golpeó fuertemente en la nariz. Charles, habló:

—Te he podido clavar, más no he querido hacerlo. Deseo salvar la vida únicamente. No tengo nada contra vosotros y me gustaría trabajar aquí. Lo he dicho antes.

Kandy, rugiendo como una fiera, barbotó:

—Dentro de unos minutos estarás muerto.

Y brutalmente fue hacia Wimsey, que esta vez no pudo esquivar la acometida, pero sí asir el brazo armado de su rival y mantenérselo en alto unos segundos. Luego, de un violento empujón, se separó y, antes de que ninguno de los presentes tuviera tiempo para reaccionar, arrojó el puñal contra Kandy, que cayó al suelo con la hoja de acero atravesándole la garganta. Después, como lanzado por una catapulta, saltó a través de la ventana, protegiéndose la cara con una de las manos, para no herirse con los vidrios. Cayó como una pelota en el suelo y, sabiendo que Phil y los suyos no le darían tiempo de escalar la verja, penetró entre las tumbas, buscando la protección de las grandes moles de mármol y granito. Aunque no oyó detonación alguna a su espalda, dos balas pasáronle muy cerca. Tiraban con silenciador. Sólo la astucia podría salvarle. Estaba desarmado.

Oyó voces a su espalda y a su derecha, pero no se detuvo, sino que continuó su loca carrera en una problemática fuga. Las sepulturas se cruzaban en su paso y por dos veces, en la oscura noche, cayó de bruces sobre pequeños túmulos de arena. Mientras

corría recordó la frase de un excombatiente, asegurando que el temor a la muerte es superior a cuanto el hombre pueda imaginarse. «En la guerra no vacilábamos en hacer campo de batalla de un cementerio». «Los humanos, al contacto de la violencia, nos volvemos peores que fieras».

Wimsey no pudo menos que reconocer la verdad de las palabras del soldado. Ahora no titubearía, si fuese preciso, en meterse en una caja mortuoria para pasar desapercibido y salvar su existencia.

Algo aulló muy cerca de su oído, mientras frente a él rompía las sombras la violácea luz de un fogonazo. Corrió de nuevo. El hacer frente era tanto como suicidarse.

Tropezó, cayendo en una abierta sepultura, por fortuna de poca profundidad. Sin duda, sólo faltaba un cuerpo para ser cerrada. El de Kandy, seguramente, o el suyo. Salió de ella con un estremecimiento, y lo primero que sus ojos se tropezaron fue una cruz en mármol. Se cobijó detrás de ella, buscando protección en su huida, y escuchó. A poco llegaron a sus oídos los pasos de alguien que avanzaba muy despacio. No era más que un hombre. Sin duda, los «gángsters», desorientados, habían tomado distintas direcciones. Era grande su interés en liquidarle.

Apretando los dientes esperó. Junto a él, y a lo largo de una avenida, los cipreses se alzaban ensombreciendo aún más la noche. En las sienas latía una pulsación rítmica, que parecía querer traspasarle el cerebro. Nunca temió tanto a la muerte. Wimsey, a lo largo de su azarosa vida, afrontó situaciones peores que aquélla con extraordinaria serenidad. Sin embargo, ahora sus nervios estaban destrozados. Sin duda, lo que le producía el terror que a todas luces intentaba vencer, era el escenario pavoroso, esmaltado de cruces y con un silencio denso, nuncio de eternidades.

Al fin vio premiada su paciencia, pues una sombra medio encorvada se recortó a unos cinco metros de él en dirección a dónde se hallaba. Sin mover un solo músculo, la vio avanzar hasta situarse a unos pasos de él. Charles saltó, descargando, con las dos manos unidas, un fuerte golpe en la nuca del «gángster», el cual, sin un gemido, se desplomó pesadamente al suelo. Al apoderarse de su arma se sintió tranquilo. Aquellos individuos usaban también la «German Luger», la pistola automática más segura en su funcionamiento.

La figura de su hermano muerto le llenó el corazón de cólera y se dispuso a liquidar al grupo de miserables. Ahora no retrocedía, avanzaba. No encontró a nadie en su camino hasta llegar a la casa del vigilante nocturno. Alguien dijo:

—Ahí viene.

La verja estaba abierta y el motor del automóvil en marcha. Charles Wimsey se tiró al suelo, haciendo fuego una vez contra las ruedas del vehículo, que, inmediatamente, sin ser tocado, se puso en marcha, desapareciendo a los pocos segundos.

Como, gracias a los silenciadores, no se había sembrado la alarma, el joven, decidido a investigar, penetró en la pequeña edificación donde tuvo lugar la lucha a muerte con Kandy, el cual estaba allí, abandonado por sus compañeros.

Abrió una puerta, viendo algo que le heló la sangre en las venas. En el suelo, en ropa de dormir, yacía un viejo apuñalado. Phil no deseaba dejar testigos a su espalda.

Un teléfono le dio una idea, marcando el número.

—¿Roger Logan? —inquirió—. Es muy importante.

Hubo una leve pausa, y la voz de su amigo habló:

—¿Quién es?

—Dick Hadfield. Necesito que vengas solo al cementerio Evergreens. Hay algo muy importante. Si no estuviera, espérame en la casa del guarda. No te asombres de mi aspecto. Me he caracterizado.

Colgó el auricular. Ahora necesitaba ir en busca del «gángster», al que privara del sentido, para interrogarle.

Con supersticioso respeto caminó nuevamente entre tumbas y cipreses hasta llegar a la gran cruz de mármol, tras de la que se cobijara minutos antes. Sin recobrar el sentido, hallábase el hombre al que golpeó. Le puso una mano en el corazón, con el pensamiento de si habría muerto, comprobando que el indeseable vivía. Se lo echó al hombro, llevándole a la casa. Fumando un cigarrillo, esperó la llegada de Roger Logan, que apareció a los pocos minutos.

Charles, al oír el motor del automóvil, salió a recibirle. El agente del

F. B. I.,

interrogó:

—¿Qué ha sucedido?

—Ahora te lo contaré despacio. Creo que podremos adelantar bastante.

Hizo una relación detenida de cómo invirtió sus horas y de la lucha con Phil Clifton y los suyos, terminando:

—Dentro de un rato interrogaremos a ese hombre.

Roger Logan no pudo menos que reconocer:

—Es muy audaz lo que has hecho, Charles, pero efectivo. Sería estupendo que los sindicatos se destrozaran mutuamente.

Les interrumpió el ruido de unas sirenas. La Policía actuaba, con su aparatoso y eficaz despliegue de fuerzas. Eran tres coches del departamento motorizado, y de ellos salieron varios hombres armados con ametralladoras. Roger, desde la puerta, les vio entrar en el sagrado recinto, avanzando unos pasos. Detrás de él iba Wimsey. El primero dijo:

—¡Hola, teniente! ¿Qué le trae por aquí a estas horas?

—Hace unos minutos recibimos la denuncia de que en el cementerio había dos hombres muertos. Podía tratarse de una broma, pero decidimos actuar. ¿Qué hay de cierto, Logan?

—No han perdido el tiempo. Conozco el nombre del asesino y tengo detenido a uno de los que le acompañaban. Nosotros nos marchamos, llevándonosle. Necesitamos interrogarle y no podemos perder el tiempo en trámites oficiales.

—Como quieras, Roger. Yo no sé nada.

El agente del

F. B. I.,

y Charles Wimsey sacaron al inconsciente «gángster», metiéndole en un coche.

—No cabe duda que le diste fuerte.

—Me alegro. Así no nos dará molestias. ¿Dónde vamos?

—A tu habitación del Waldorf. Cruza el río por el puente de Williamsburg. Llevamos prisa.

Charles, que se había puesto al volante, pisó a fondo el acelerador...

Cuando llegaron al hotel era la una de la madrugada. Sacaron al individuo inconsciente y, poniéndole en medio, con un brazo extendido sobre el cuello de los dos y simulando hallarse mareados, penetraron en el ascensor, y poco después, en el cuarto de Wimsey. Dijo:

—Aún no me explico cómo no le interrogaste en la Comisaría.

—Allí son todos muy «formalistas» y el individuo no hubiera «cantado». Estos miserables sólo se acobardan cuando se encuentran ante quienes utilizan sus mismos procedimientos. Mira, parece que ya vuelve en sí. Es oportuno hasta en eso.

Roger sacó unas esposas del bolsillo de atrás del pantalón poniéndoselas al «gángster», que, aturdido, no acertaba a explicarse lo que le pasaba.

Mirándole fríamente, Logan se acercó al hombre y, cogiéndole con una sola mano de las solapas de la americana, lo tiró fuertemente contra un rincón. Luego, en el suelo, le preguntó, tras de golpearle brutalmente con el zapato:

—¿Cómo te llamas? Te he traído aquí, donde nadie puede oírnos, para que digas todo lo que sepas. Hemos venido de Chicago a fin de daros unas cuantas lecciones a los de Nueva York. Allí usamos peores procedimientos para abrir el pico a los tontos que se obstinan en callar.

Le levantó de nuevo por las solapas acercando su rostro al del hombre, que se estremeció ante aquellos ojos que parecían querer hipnotizarle. Después le sentó en uno de los sillones, tapizados en rojo. Charles Wimsey le miraba atentamente y con asombro. Sin duda, Roger sabía cómo entendérselas con los canallas.

—Habla —ordenó, seco.

El «gángster», tragando saliva, contestó:

—Me llamo Sophis Beecher y estoy a las órdenes directas de Phil Clifton. No sé más.

—¿Ignoras que trabajas para el sindicato?

—No, pues no tengo más contacto que el del «boss». Él es quién se entiende con todo.

—¿Dónde os reunís?

Sophie Beecher no contestó. Roger, sin una palabra, acercándose, le golpeó brutalmente en la boca, por cuyas comisuras comenzó a correr la sangre. Luego, su puño de hierro fue a la nariz, aplastándosela. El apaleado tan brutalmente gimió. Wimsey, sacando su pistola, le golpeó fuertemente con la culata en las espinillas. El individuo sudaba, retorciéndose. Al fin dijo:

—¡Dejadme! Hablaré. Donde recibimos las instrucciones es en un *cabaret*, junto a la bahía Gowanus, en Brooklyn, pero sé que Phil

tiene una casa en la calle Bergen, la segunda o la tercera a mano izquierda —viendo cómo el puño de Roger se alzaba de nuevo gritó, casi histéricamente—: ¡No sé más!

—Sí. Tienes que decirnos los lugares donde se juega en Manhattan. Es necio que intentes engañarnos. Sabemos más de lo que tú nos has contado hasta ahora. No somos de la Policía, sino compañeros vuestros de Chicago. Hemos decidido mandar también aquí. Eso es todo. Tú, Charles, ve escribiendo lo que Beecher te diga.

El pistolero dio una serie de nombres. Al terminar inquirió:

—¿Me mataréis?

—No; simplemente te pondremos en manos de la autoridad, pero de un modo indirecto, claro está. Nos marcharemos, dejándote aquí, para que vengan a buscarte. Átale las piernas.

Wimsey obedeció, y después, los dos hombres abandonaron el cuarto, descendiendo al «hall», desde donde Roger Logan telefoneó:

—¿Sargento Sullivan? Óigame. Aquí Logan, del

F. B. I.

Necesito que cumpla al pie de la letra mis instrucciones. Interesa que venga personalmente a hacerse cargo de un detenido, llamado Sophie Beecher, a las órdenes del «gang» del sindicato de juego de Nueva York. Reténgale durante tres días, y en el que hace cuatro, ingénieselas para que se escape, pero ni una hora antes de las nueve de la noche. A través del hilo se oyó la voz chillona del sargento. Roger Logan se separó el auricular para que Charles pudiese oír.

—No me gustan nada estas cosas.

—Pues aunque no le agraden tiene que hacerlas. Yo le mandaré luego la orden por escrito, con el sello de mi departamento —replicó, impaciente, Roger—. Interróguenle como quieran, si está fichado, háganle un historial completo. Que nadie le siga cuando le dejen marchar. Ahora tienen que venir al Waldorf, al piso doce, habitación setenta y ocho. Nada más. La llave la tiene el conserje.

Colgó el teléfono, refunfuñando:

—¡Estos detectives tienen un empacho de legalidad!

—¿Qué es lo que pretendes dejándole que se fugue? —inquirió Charles.

—Muy sencillo: seguir tus planes. Interesa que, por otro conducto, le llegue a Phil Clifton la seguridad de que los de Chicago

les atacan. Será interesante ver cómo se destrozan entre ellos, si es que pican el anzuelo. Y ahora me voy a dormir. Si quieres, para evitarte complicaciones, puedes hacerlo en casa. Mañana, como si nada hubiese sucedido, te instalas de nuevo. Allí te quitarás ese disfraz. Yo tengo todo lo necesario, si lo necesitaras de nuevo.

Tras de advertir al empleado del hotel de la llegada de los agentes, los dos amigos se marcharen, dispuestos a descansar de las emociones de la noche...

IV



N la entrada principal de Prospect Park, el parque de Brooklyn, maravilloso en bellezas naturales, había congregadas un buen número de personas en torno al arco de triunfo que se levanta allí en homenaje y recuerdo de los marinos muertos durante la guerra de Secesión.

Varias coronas fueron puestas por las autoridades, entre patrióticos discursos, y Della Watkins tomaba notas taquigráficamente para enviar una reseña a su periódico.

De pronto, la muchacha sintió que alguien la golpeaba en el hombro, y al volver la cabeza, pudo descubrir a Charles Wimsey, que la sonreía. Oyó:

—Pregunté por usted en el periódico y me dijeron que estaba aquí.

Ella le hizo señal de que callara. Por fortuna el acto iba a

terminar de un momento a otro.

Un clarín dio el toque de firmes y todos, en un minuto de silencio, rindieron el homenaje de los héroes. Después, el grupo se disgregó.

—¿La llevo en mi coche?

—No; preferiría pasear un rato por el parque. Aún dispongo de dos horas para transmitir por teléfono los últimos detalles.

—¿Últimos detalles? —Inquirió, extrañado, Wimsey.

—Sí; este aburrido acto se celebra anualmente, y cuando venimos por la información, la dejamos ya hecha y, a veces, impresa. Todos los oradores dicen lo mismo. Después se agrega la relación de las personalidades que asistieron y ya está.

—Decepciona un poco su modo de trabajar.

—Lo comprendo, pero el periodismo no es tan bonito como la gente supone. En la actualidad, lo hemos «standarizado», convirtiéndolo en un oficio y no en una vocación. Somos, como dije en un artículo que levantó las iras de mis pedantes compañeros, «unos trabajadores de la pluma», como otros lo son del pico y de la pala. Cuando alguna vez la Prensa se mueve con eficacia, se ve claramente la falta de pericia de muchos reporteros, y siempre son los veteranos los que aciertan.

—Ya. ¿La han sustituido en su sección?

—No; es que hay tres redactores enfermos. Es posible que dentro de dos días tenga que trasladarme a Washington, a la conferencia semanal de Prensa. El director me ha prevenido ya.

Paseando se habían sentado en un banco. Charles Wimsey interrogó, sonriendo:

—¿Qué, cesaron las hostilidades?

—No lo crea. El viejo Agnes Saladine es un gruñón de siete suelas. Si no regaña no está contento. Todos nos limitamos a no hacerle caso.

Hubo un largo silencio. Charles Wimsey, para romperlo, le ofreció un cigarrillo. Luego empezó:

—Me hiere el pensamiento de que pueda tener un mal concepto de mí.

—¿Por qué? Sé que la vida a veces nos arrastra incluso a dónde no queremos llegar. No importa el pasado cuando existe la voluntad de borrarlo con un presente digno. Su... locura de juventud ha sido

como la de tantos otros que luego llegaron a puestos preeminentes observando una conducta intachable. A veces resulta conveniente equivocarse, hacer algo punible, para aprender a disculpar las flaquezas de nuestros prójimos.

—Es usted muy buena y muy inteligente, Della.

—No lo crea. Me quedé huérfana de padres siendo muy niña y he tenido que luchar con las uñas para conseguir abrimme camino, por la senda estrecha, que es la más difícil. Si me hubiese dejado arrastrar por cantos de sirena, a estas horas no me hallaría aquí, ganándome un sueldo, sino que, quizá rica, fuese, «la Watkins», una más en el camino de perdición, o carne en un hospital. Supe ser fuerte, pero estuve tantas veces a punto de caer, que aún me maravillo de mantenerme en mi puesto moral de batalla. La vida me ha enseñado. Los intransigentes son siempre, sin excepciones, los que no han sufrido. Me consta, Charles, que usted es un buen muchacho.

Él, emocionado, balbució:

—Gracias, Della. Me hacen mucho bien sus palabras.

La periodista, deseando desviar la conversación de tales derroteros, que entristecían al joven, inquirió:

—¿Puedo enterarme de cómo van sus investigaciones? Pienso escribir una novela con la historia de todo lo que acontece, suponiendo que merezca la pena.

Charles refirió su aventura en el cementerio Evergreens terminando:

—Esta noche, el

F. B. I.

comenzará a actuar en las salas donde se juega, pero, extraoficialmente, como si fuesen «gángsters» de Chicago. Destruiremos varias salas, practicando detenciones, a las que los periódicos llamarán secuestros. Únicamente usted y yo estamos en el secreto de la verdad. Les

«G-men»

[4] son gente decidida a detener al asesino de mi hermano. Por otra parte, ansían exterminar la ola de criminalidad que se cierne en torno al juego. Mañana, cuando informe en el periódico, diga que un grupo de hombres venidos de los «gangs» de Chicago atacaron los lugares que sean. Tal vez haya algún muerto, porque la orden es

tirar a matar. No podemos andarnos con contemplaciones.

—Y ¿qué esperan de todo esto? Los que detendrán son simples peones. Hace falta encontrar al jefe.

—Desde luego, pero interesa lanzar a los «gángsters» unos contra otros para mermar su fuerza, primero. Después... será fácil dominarlos. Esperamos que se pongan nerviosos y cometan imprudencias.

Se calló que él y Roger Logan iban a hacer una visita, no de cortesía precisamente, al domicilio del «boss» Phil Clifton, en Bergen. Reparando en que la muchacha habíase quedado silenciosa, la preguntó:

—¿Qué le sucede, Della? ¿Tiene algo que decirme?

—Hoy he recibido un anónimo amenazándome de muerte si no abandono Nueva York. No lleva firma. He acabado de convencerme de que tenía usted razón, y paso los días y las noches preguntándome por qué intentan asesinarme.

—Si aclaráramos esa incógnita, Della, habríamos adelantado mucho camino, pues ella nos llevaría al cerebro que lo dirige todo. Creo que debe usted quedarse en Washington el tiempo que pueda. No podría resistir que le sucediese algo...

Las palabras del joven vibraban de mal contenida emoción. Ella le miró con asombro, sonriendo después con infinita dulzura. El continuó:

—Estoy solo, Della, angustiosamente solo, y usted es la primera persona que ha tenido para conmigo indulgencia y simpatía. La sola idea de que puedan dañarla me crispa los nervios, haciéndome desear la muerte a toda la Humanidad. No es una declaración de amor. Yo no soy quién para hacérsela, aun cuando rebosase en mis labios, pero sí una muestra de cariño.

—Gracias, Dick. Déjame que te llame así cuando estemos solos —replicó ella tuteándole, sintiendo que la ternura se iba apoderando de su corazón—. Estoy necesitada de un afecto sincero. Para las mujeres, para mí, al menos, es muy duro trabajar como los hombres y entre ellos.

Callaron de nuevo. Los ojos de Wimsey resplandecían en mal contenido júbilo. Miró al frente, distinguiendo a un hombre que leía el periódico. Ella, comprendiendo lo que pensaba, se apresuró a aclarar:

—Sin duda es un agente que ha puesto Roger para que me vigile. Advirtió que pensaba hacerlo.

Tranquilizado por tales palabras, el joven propuso:

—¿Damos un paseo? Comienza a calentar el sol en el banco.

Los dos jóvenes charlaron de múltiples cosas. De inquietudes, ilusiones, desengaños. Cuando se separaron, íntimamente sentíanse ligados por algo más que una simple amistad.

Aquella noche el infierno pareció desatarse en Manhattan.

En el «*dancing-hall*», conocido por El Favorito y situado en el cruce de la calle Noventa y Seis con la Quinta Avenida, cuando mayor era la animación, entraron siete hombres armados y cubiertos sus rostros con pañuelos, uno de los cuales dio una orden tajante por el micrófono, ante el que en ese momento actuaba una mujer de espléndida belleza:

—Márchense todos del local. En un segundo quiero verlo vacío.

El individuo bajó a tiempo del tablado, pues una bala, perforando el bombo de la batería, se clavó en la madera. A la detonación, el público aceleró en sus deseos de salir. Ninguno de los recién llegados hizo uso de sus armas, para no herir a los habituales del «*dancing*», pero una vez que éstos hubieron desalojado la sala, el que mandaba el grupo ordenó:

—¡A ellos!

Y con un desprecio absoluto del peligro cruzaron el establecimiento hasta alcanzar una pequeña escalera de caracol, que llevaba a los sótanos. Desde el final les hicieron fuego con una ametralladora, más un certero disparo borró del mundo de los vivos al que la manejaba.

Fueron a transponer la puerta, que conducía a una gran sala de juego, cuando uno de los atacantes cayó herido, mientras se escuchaba una descarga cerrada y el ruido de hombres que corrían. Se detuvieron, tirando con las ametralladoras en todas direcciones. Oyéronse gritos de dolor, pero la resistencia no cesó, sino que continuó enconada y eficaz.

En la Quinta Avenida, un coche de la Patrulla Móvil, que iba veloz en dirección a dónde se oyeran los disparos, fue detenido por un motorista, el cual, enseñando al conductor una chapa, dijo:

—Distráigase cinco minutos más. Luego podrá intervenir.

Lo mismo sucedió en otros lugares, y cuando la Policía entró en El Favorito se encontró con la sala de juego deshecha y cuatro hombres muertos.

Sin embargo, por la puerta trasera del edificio, con toda tranquilidad, los atacantes se llevaban varios detenidos...

A la misma hora en que asaltaban el «*dancing-hall*» de la calle Noventa y Seis ocurrían sucesos semejantes en la Avenida Lennox, la Octava Avenida, la calle Cuarenta y en tres tugurios de Harlem, entre la general alarma de los que pasaban próximos a aquellos lugares.

Y, también, dos sombras saltaban la verja del hotel de Brooklyn, en la calle Bergen, y, con todo género de precauciones, protegiéndose en los setos, se acercaban al edificio de tres plantas, con aspecto de abandono. Eran Charley Wimsey y Roger Logan.

El agente del

F. B. I.,

acostumbrado a una constante vida de peligros y a hacer frente a la muerte en innumerables ocasiones, con mano serena, en la que no se veía la menor vibración, se acercó a una de las ventanas del piso bajo e introdujo una especie de cortaplumas en la leve unión de las dos hojas de madera. A los pocos segundos, con un ligero chasquido, cedió la falleba y los dos hombres penetraron dentro de la casa, donde reinaba un absoluto silencio.

De la mano izquierda de Roger surgió un pequeño hilo de luz, mediante el cual pudieron reconocer la estancia, que parecía destinada a sala de recibir, a juzgar por el tresillo y las numerosas revistas que había sobre una de las mesas. Horas antes, la oficina de información del

F. B. I.,

les había comunicado que el hotel estaba a nombre de un tal Buster Keney, abogado. Sobre el individuo, sólo les pudieron decir que tenía pocos clientes y que hacía una vida bastante regular. Las señas personales que le comunicó Roger a Charles quisieron hacerle recordar a éste a determinada persona, mas, pese a todos sus esfuerzos, no consiguió identificarla.

—Nada de pistolas —había sido la orden—. Conviene pasar desapercibidos, a ser posible.

Salieron al pasillo, alcanzando a divisar una escalera de mármol, en cuyo centro había una gruesa alfombra. No se veía a nadie por parte alguna y, decididos, ascendieron al piso superior. En el rellano, apretados contra la pared, escucharon de nuevo. ¿Estaría desierta la casa?

Centímetro a centímetro. Roger fue abriendo una gruesa puerta a su derecha y, hurtando el cuerpo a una posible agresión desde dentro, dirigió el foco de luz a la estancia, que era un dormitorio vacío. El extraordinario lujo que imperaba en la decoración movióles a entrar, cerrando tras de sí. La linterna fue iluminando los detalles de la alcoba, de madera, tallada a mano con exquisito buen gusto. Una puerta se abría a su derecha y, previniendo que pudiera ser el despacho, Charles Wimsey intentó abrirla, sin conseguirlo. Entonces, Roger, desabrochándose la americana, dejó al descubierto un cinturón, que contenía, en pequeños estuches de cuero, todos cuantos instrumentos se precisan para el robo. Con una ganzúa, tras de forcejear breves instantes, obtuvo éxito, y los jóvenes se encontraron, como suponían, en un suntuoso despacho, en cuyo fondo se alzaba una pequeña caja de caudales.

Cerraron por dentro, corriendo las tupidas cortinas de la ventana que daba al jardín. Seguros de que no saldría hacia fuera la luz, encendieron el portátil de la mesa, dispuestos a trabajar con comodidad.

Entonces pudieron admirar más a su gusto la maravillosa habitación, decorada toda ella con cuadros y esculturas. El propietario de aquello, sin duda, amaba el arte.

Los cajones de la mesa estaban cerrados, pero no fue difícil para Roger hacerles mostrar su contenido.

Por las manos expertas del agente del
F. B. I.,

pasaron pequeñas carpetas con inscripciones en lápiz encarnado: caso Johnson, caso de los metales, papeles de negocios y, en fin, todos los papeles que constituyen la diaria labor de un abogado.

—No hay nada —gruñó Roger Logan—. Veamos en la caja de caudales.

De rodillas, sus dedos hicieron girar a la derecha el disco graduado, poniendo en la operación sus cinco sentidos. De estilo antiguo, confiaba en que los chasquidos interiores le indicasen la

cifra oportuna. Charles Wimsey, junto a él y conteniendo la respiración, miraba afanoso la tarea de su amigo.

—¿Necesitan ayuda?

La voz inesperada le sobresaltó. Volvieron los ojos en dirección a la puerta, pero allí no había nadie. Con las pistolas en las manos levantaron las gruesas cortinas, asomándose al balcón. En el despacho estaban únicamente ellos dos. ¿De dónde, pues, llegó la frase sarcástica?

—Las palabras parecían salir de encima de la caja —indicó Wimsey.

Roger Logan tanteó con las manos en las paredes, descubriendo un pequeño orificio, disimulado detrás del cuadro.

—Ya sé. Se trata de un ingenioso dispositivo de alarma. La misma frase ha sonado en otro lugar de la casa, lo que quiere decir que estamos descubiertos. Vámonos. Además, sospecho que no encontraremos nada.

Salieron de nuevo a la alcoba, pero al ir a abrir la puerta se escucharon dos detonaciones, mientras las balas se clavaban en la madera, a pocos centímetros de la cabeza de Roger.

—¡Atrás! Tienen enfilado el pasillo. Si pudiéramos llegar a la escalera...

Se hizo de nuevo el silencio, un silencio cargado de presagios de muerte. Charles Wimsey, tendido en el suelo, de un golpe, hizo que se abriese la puerta del todo, sintiendo por encima de su cabeza el aullido de los proyectiles. Levantó una mano, dando a entender a Roger que se estuviese quieto, y dejó transcurrir unos minutos, pasados los cuales, poniéndose de rodillas, se lanzó en tromba afuera, rodando hasta el «*hall*» como una pelota, mientras hacía fuego para amedrentar a los enemigos.

Ya abajo, miró rápido. A su derecha, un hombre le apuntaba con un revólver de gran calibre. Wimsey se adelantó por una fracción de segundo y el individuo soltó el arma, con la mano agujereada de un balazo. Dos proyectiles le rondaron peligrosamente. Le disparaban desde el pequeño rellano de la escalera. Se protegió contra una columna de mármol, y entonces, algo cayó a sus pies. Era Roger Logan, que utilizaba su mismo procedimiento.

Disparó hasta agotar el cargador, para dar tiempo a su amigo a protegerse, y mientras recargaba el arma, oyó junto a él tronar la

«German Luger» de Logan.

Arriba había dos individuos, a juzgar por los fogonazos, y el que hiriera Wimsey yacía, inconsciente, en el suelo.

—¿Muerto? —preguntó Roger con inquietud.

—No. Le atravesé la mano. Debe de estar desmayado. Hay que salir de aquí. No nos interesa que intervenga la Policía. Cúbreme la retirada. Voy a pasar a la habitación por dónde entramos.

Así lo hizo Charles, con una agilidad y una audacia increíbles, siguiéndole a los pocos segundos Roger, ileso milagrosamente.

Apenas cayeron al jardín se escucharon las sirenas de la Policía. Tal vez algún vecino telefoneó al próximo cuartelillo, pues las detonaciones debieron sonar en la noche como gigantescos trallazos.

Seguros de que no podían salir por la parte delantera, rodearon el edificio, en el que comenzaron a brillar las luces. Sin duda, sus habitantes se disponían a hacer frente a las preguntas de los agentes, cuyos coches chirriaron al frenar.

Por la parte trasera, el hotel comunicaba con otro jardín, al que saltaron con las máximas precauciones. Por fortuna, altos árboles llenaban de sombra la tierra.

Corrieron, y Roger Logan, que iba el primero, sintió un gruñido junto a él y un enorme mastín se abalanzó a su garganta. Tan imprevisto fue el golpe, que el agente cayó a tierra, sujetando con su mano derecha la cabeza del perro. Luego, sin dar tiempo a Charles a intervenir, con un extraordinario dominio de sus nervios, extrajo un puñal del cinturón de cuero, clavándolo en el corazón de su atacante, que se desplomó muerto.

Oyeron voces detrás de ellos y las luces de las linternas registrando el jardín de la finca que acababan de abandonar. Un hombre viejo, sin duda el guardián del hotel, asomó a la puerta de la casa con un viejo rifle en la mano.

Charles y Roger se agazaparon, dejándole avanzar. Al fin, el primero saltó sobre el recién llegado, propinándole un golpe no muy fuerte con la culata de la pistola.

Saltaron la verja, ayudándose de un árbol, cayendo en un callejón estrecho, delimitado por dos alambradas, tierra de nadie entre dos hoteles, desembocando, al fin, luego de desollarse las uñas contra el nuevo obstáculo, en la avenida Flatbush, en la que, cien

metros más arriba, dejaron el coche.

Igual que si pasearan acercáronse al automóvil, y a poco, libres de la peligrosa aventura que acababan de correr, alcanzaron la avenida Fifth. Nadie les seguía.

—No vayas al Waldorf —indicó Roger Logan—. Hemos hecho ya demasiado ruido. ¿Tienes mucho equipaje?

—Casi nada. Vine con lo puesto para comprarme ropa en Nueva York.

—Pues entonces cambia de hotel. Yo te recomiendo una pensión, atendida por una vieja, en la calle Cuarenta. Algunas veces me he hospedado allí.

—¿No tienes familia, Roger? —preguntó Charles, mirando con curiosidad a su compañero, que llevaba el volante con mano segura.

—Mi madre murió hace algunos años en Florence, de Carolina del Sur. Fui el único hijo. A papá le mataron en la bahía Long, cuando quiso impedir el paso de un contrabando. Yo tenía muy pocos años, pero no se me olvidará nunca su rostro cubierto de sangre. Le alcanzó una ráfaga de ametralladora en la cabeza. Era agente del puerto. Desde aquel momento me propuse luchar siempre en contra de los que asesinaron al ser que más admiraba.

Hubo un largo silencio, mientras el «Packard» hábilmente conducido, atravesaba el puente de Brooklyn. Las mandíbulas de Roger Logan habíanse endurecido de modo extraordinario. Continuó, sin apartar los ojos del camino:

—Cuando estalló la guerra estaba preparándome para el ingreso en la Academia del

F. B. I.,

pero tuve que incorporarme al Ejército. Luché en Dunkerque y luego estuve de guarnición en las Filipinas, en Luzón, para, desde allí, pasar a Formosa, terminando la guerra próximo a Singapur, en la península de Malaca. Me hirieron dos veces. Luego fui a Quantico, donde, según los profesores, destaqué en los cursos. ¡Estaba muy acostumbrado a ver la muerte cara a cara y me interesaba salir cuanto antes para luchar contra los fuera de la ley, reanudando la tradición de la familia! Y así vivo, solo, cara al peligro. El único amigo que tenía era tu hermano, que estuvo en la Academia como profesor de tiro y estrategia. Me ayudó mucho y luego, juntos, hicimos algunas misiones de contraespionaje. Pero le

mataron también...

En la voz del hombre vibraba el tono triste del fracaso. A los treinta años de vida carecía del consuelo de otros corazones que supieran acompasar sus latidos con el suyo.

—¿Por qué no te casas, Roger?

—¡Te parece poco matrimonio el que he efectuado! Nuestro jefe, Hoover, dijo una vez a los periodistas, ante pregunta análoga, que había contraído matrimonio con la mujer más difícil del mundo: su carrera. Nosotros no podemos formar un hogar, sino en raras ocasiones.

—¿Cuáles?

La respuesta de Roger no se hizo esperar:

—Cuando la mujer tiene la valentía suficiente para saber a su marido en constante riesgo sin que sus ojos se amoraten de tanto llorar a escondidas.

Roger Logan había parado el coche. Miró a Charles Wimsey y dijo:

—Creo, sin temor a equivocarme, que he encontrado en ti un verdadero amigo. Por eso te cuento estas cosas. Estuve hace unos meses a punto de casarme con una muchachita deliciosa y rica. Yo veía que procuraba siempre tenerme a su lado, presa del miedo. Semanas antes de la boda me pidió que abandonara el

F. B. I.,

y me dedicase a los negocios. Me negué. Aún recuerdo sus palabras, llenas de amargura: «Quieres más al

F. B. I.,

que a mí». No quise contestarle. No me iba a entender. La vocación auténtica de un hombre, el sentido del cumplimiento del deber, es superior siempre a todos los lazos afectivos. Si alguna vez, por debilidad, se cede, siempre se lleva en el corazón la amargura del fracaso, del no haber sabido ser fuerte. Y yo no quiero desertar de mi puesto de combate para la defensa de mi patria, un puesto de combate más amargo y más peligroso que el de allá, en Singapur. Lo peor de todo es que la sigo queriendo todavía y ella me espera.

Calló de nuevo, encendiendo un cigarrillo. Wimsey habló otra vez:

—Yo creía que casi todos los agentes erais casados.

—Algunos, sí; pero la inmensa mayoría, como yo,

permanecemos solteros fieles a esa fidelidad a la patria y a la organización que juramos al sernos entregada la insignia. Sé de muchas mujeres que cuando el hombre sale miran con angustia el reloj, contando los minutos que faltan para su regreso. ¡No tengo derecho a exigir de nadie tortura semejante y no puedo ni quiero abandonar el

F. B. I.!

Charles Wimsey, admirado del recio carácter y la extraordinaria inteligencia de Roger Logan, sintió en su pecho un ramalazo de vergüenza y de orgullo. Vergüenza, porque él había sido un ser inútil que, incluso frente a la ley, había luchado junto a los corruptores de la nación. Orgullo, porque su hermano murió siendo uno de los más valerosos inspectores del

F. B. I.

Conmovido, puso una mano sobre la que oprimía el volante, diciendo:

—Me has enseñado ahora una lección superior a todas las recibidas. Tal vez no me juzgues digno y sientas simpatía hacía mi pensando solo en Stephen, pero quiero que sepas que me tienes por completo a tu disposición y que seré en lo sucesivo un hombre que siente y ama a la patria.

—Gracias, Charles. Es lo mejor que has podido decir nunca. No te pongas, por odio, fuera de la ley. Vengaremos a tu hermano, porque el

F. B. I.,

honra y hace justicia a sus héroes...

Luego, sin más palabras, puso en marcha el automóvil con destino a la nueva vivienda de Wimsey.



¡INTRIGA! ¡EMOCION! ¡AMOR!
Encontrará usted en la magnífica Colección
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
¡Un éxito más de EDITORIAL ROLLAN!

V



noticia a grandes titulares: PUBLICABA *El Herald* la

«Lucha de “gángsters”. —“Gangs” de Chicago y de Nueva York, frente a frente—. ¿Hasta cuándo va a durar el actual estado de cosas?».

Y seguidamente se relataba, en una amplia información, los pormenores de la lucha y las salas de juego descubiertas, terminando el comentario:

«Ha sido preciso que los fuera de la ley de Chicago enseñen a la Policía los lugares donde se pierden

multitud de fortunas, de honras y de vidas. ¿Para qué nos sirven las aparatosas máquinas gubernativas? Se hace preciso castigar el soborno con extrema rigurosidad».

Charles Wimsey sonrió complacido de la acometividad de Della Watkins. Ciertamente, nada mejor podía haber escrito. Iba a llamar por teléfono a la Redacción para darle la enhorabuena, cuando una pequeña noticia le sorprendió:

«PROSIGUE EL TERRORISMO»

«A las cuatro de esta madrugada ha hecho explosión una bomba de reloj en la habitación 78 del piso 12 del Waldorf Astoria Hotel. Por fortuna, no hubo víctimas. La gerencia del hotel y la Policía se han negado a dar detalles, pudiéndose averiguar únicamente que, sobre las nueve de la noche, dos individuos penetraron en dicho cuarto para arreglar un escape de gas, hecho notoriamente falso, pues la Compañía niega haber enviado a nadie al Waldorf».

Wimsey, en su nuevo domicilio, no pudo menos que al mirar la maravillosa, perspicacia e intuición del peligro de Roger Logan. De no haber sido por él, posiblemente a estas horas hallaríase muerto entre escombros.

Salió a la calle y, desde un teléfono automático, llamó al *Herald*, preguntando por Della. La joven, sin duda, estaría con cuidado. A poco, la voz femenina se dejó oír al otro lado del auricular, y al enterarse de quién llamaba, no pudo reprimir una exclamación de alegría:

—¿Eres tú, Charles?

—Sí; te llamo «solo» —subrayó la palabra— para darte la enhorabuena por tu información de esta mañana y por esa otra pequeña noticia de más abajo. ¿La hiciste tú también?

—Efectivamente, pero hasta ahora no he conseguido tranquilizarme.

En la voz de la muchacha se notaba preocupación al referirse a las horas pasadas. Wimsey invitó:

—Si no tienes mucho que hacer podríamos vernos donde y cuando quisieras.

—Dentro de media hora —replicó prontamente Della— te espero en la catedral de San Patricio, en los primeros bancos del altar mayor. Soy muy devota del santo patrón de Irlanda.

—Conforme, Della. Hasta luego. Llevaré mi coche.

Colgó, para comunicar con Roger Logan, teniendo la suerte de encontrarle en casa.

—Te llamo desde un aparato público. ¿Leíste lo del Waldorf?

—Sí; esos individuos no se duermen. Si hay novedad te avisaré a casa. Estoy esperando algo muy interesante.

Colgó, dirigiéndose luego al garaje, donde tuvo el acierto de dejar su automóvil. De haberlo guardado en el Astoria, ahora no podría disponer de él para evitar preguntas inoportunas de la Policía. Luego, a moderada velocidad, tomó la Quinta Avenida, penetrando en el templo cuando aún faltaban unos minutos para la cita.

Impresionado profundamente por el silencio del local, en algunos de cuyos altares lucían azules lamparillas, se arrodilló por vez primera en muchos años y, dirigiendo la mirada a Cristo crucificado, sintió en su corazón un consuelo sin límites. Su memoria voló a los años de la niñez, recordando las enseñanzas de su madre. Luego pensó en su hermano, muerto en el cumplimiento del deber. Incluyó la cabeza con pesadumbre, ganado por la paz y el recogimiento de la catedral.

Siempre ignoraría cuánto tiempo permaneció así, pero al volverse pudo ver a Della Watkins mirándole con extraordinaria ternura. Se disculpó en voz baja, que parecía un susurro:

—Perdona. Me abstraí demasiado.

Abandonaron el templo y ya en el «Nash» de Charles, éste dijo:

—¿Adónde vamos?

—Sigue por la avenida hacia el Sur. Quiero enseñarte algo.

El automóvil arrancó, parando a los pocos metros ante una señal de circulación. Ella insinuó:

—Después de colgar pensé que tal vez no debí citarte en ese sitio. No podía ser de tu agrado.

—Pues te equivocaste —replicó él, sonriendo—. Creo que afortunadamente, ¿no?

—Desde luego.

El coche emprendió de nuevo la marcha. La gran avenida era un avispero de vehículos de todas marcas y tamaños, desde el gran autobús, pasando por los lujosos y potentes «Cadillac» y «Studebaker», hasta el «Ford», de modelo anticuado, pero de magnífico rendimiento. Las anchísimas aceras contenían un numerosísimo público, que entraba y salía en los grandes establecimientos, decorados con un gusto exquisito, y en cuyos escaparates exhibíanse las novedades del mundo entero, dispuestas por hábiles artistas dedicados a tales menesteres.

Sin embargo, ni Della Watkins ni Charles Wimsey prestaban atención al tantas veces contemplado espectáculo, sino que charlaban de mil y una cosas. Él se disculpó:

—Te molesté llamándote porque te supuse inquieta.

—Así era —replicó la periodista—. Fui directamente al Waldorf, esperando hallarte muerto, pero respiré a medias cuando me dijeron que te habías marchado a primera hora de la tarde. No obstante, estaba muy intranquila.

Él la miró unos segundos, embebiéndose en la contemplación. Della puso la mano en el volante, advirtiéndole:

—¡Cuidado!

Charles pisó a fondo el freno de pie y lo hizo a tiempo, pues unos segundos de duda le hubiesen precipitado contra una furgoneta que llevaba pintada en la carrocería varias botellas de «Coca Cola». Sonrió.

—No volveré a mirarte mientras conduzca. Estás demasiado bonita hoy para que no nos estrellemos. ¿Me das un cigarrillo?

Ella, satisfecha por la frase, que parecía sincera, accedió, poniéndole el pitillo, ya encendido, en los labios. El bromeó:

—Está demasiado dulce.

Della se sonrojó intensamente y no repuso ni una sola palabra. Recorrieron en silencio casi media milla, al cabo de la cual la joven dijo:

—Para. Es aquí.

Dejando el automóvil en un aparcamiento, los dos jóvenes anduvieron unos metros, parándose frente a un rascacielos en construcción.

—Van por el piso ciento veintiséis... No, veintisiete. De anteayer

a hoy han construido uno más. Me gusta pararme aquí y ver cómo progresan las obras. Creo que los neoyorquinos, y a los seres de todos los países del mundo, les interesa, aunque sea sólo por curiosidad, los pormenores de una edificación semejante, pero el director no opina así.

—¿Dolida por tú no publicado reportaje?

—Sí; es uno de los mejores trabajos que he escrito.

Legiones de obreros, utilizando los máximos adelantos de la técnica, subían grandes vigas de hierro y sacos de cemento. Arriba trabajaban varias máquinas con un ruido infernal.

Della y Charles estaban junto a la valla de madera, ilustrada con numerosos anuncios, a unos tres metros del rascacielos, contemplando el trabajo de una de las grúas. De pronto, alguien dio un grito, mientras se oía un ruido de cadenas. Wimsey empujó violentamente a la muchacha, arrojándola a varios metros a la derecha y, de un salto, se lanzó sobre ella, decidido a cubrirla con su cuerpo. La joven cerró los ojos con terror al ver desplomarse un grupo de vigas de hierro, que rebotaron a unos centímetros de sus pies con horrisono estruendo, hundiendo parte del pavimento donde segundos antes se encontraban. Habíanse salvado milagrosamente y gracias a la serenidad de Charles.

En pocos momentos se amontonó un buen grupo de gente rodeando a los dos jóvenes. Un ingeniero abrióse camino, pálido el semblante:

—¿Les ha ocurrido algo?

—Por fortuna, no. Sólo la señorita tiene los brazos magullados.

—Pasen dentro. Pondremos a su disposición el botiquín.

Transpusieron la valla. Una vez en su interior, Wimsey dijo al hombre:

—Me gustaría ver esa grúa que se ha descompuesto. Me interesa convencerme de que el incidente ha sido fortuito.

El ingeniero, hombre de unos cuarenta años y rostro enérgico accedió.

—Lo haré para su tranquilidad.

Subieron por una rampa hasta una plataforma de madera a la altura del segundo piso. Un sujeto de pésima catadura hurgaba en la maquinaria.

—Deje eso, Morrison. Yo miraré qué ha pasado.

El individuo obedeció, y Wimsey, que no le perdía de vista, pudo ver en sus ojos muestras de inquietud. Explicó:

—Sin saber por qué causa se aflojó la cadena y las vigas cayeron al suelo.

—Entonces ¿por qué está quitada la palanca del freno? ¿Ignora que cuando se sube mucho peso hay que trabajar con él? Tengo que formarle un expediente y denunciar el hecho a las autoridades. Le estaba mirando y vi que lo hizo deliberadamente. Este señor, también. Sin embargo, no lo hubiese creído nunca de no haberlo comprobado en la grúa.

El llamado Morrison, al saberse descubierto, intentó sacar una pistola de la funda sobaquera, consiguiéndolo, pero Charles, sabiendo que tiraría a matar, le arrojó un saco vacío de cemento, cegándole. El individuo disparó por dos veces a ciegas, retrocediendo. Más como estaba al borde de la plataforma cayó, golpeándose con el armazón del primer piso, que le despidió a su vez, por el interior, a una profundidad de más de quince metros en el arranque de los cimientos. Della se tapó los ojos, horrorizada.

—Tendrán que dejarme su nombre —dijo el ingeniero—. He de poner el caso en manos de la Policía.

—Desde luego —reaccionó la muchacha sin dejarle hablar a Wimsey—. Tenga mi tarjeta. El señor es mi prometido y ha llegado hoy de Boston, careciendo de domicilio fijo.

—Me basta con su dirección, señorita. Además, soy un lector de su periódico. Ahora debemos curarla los rasponazos de los brazos. Morrison, indudablemente, ha muerto. Mire: han bajado en el montacargas a recogerle... ¿Daré la noticia?

—Individualmente es posible que no. Añadiré un muerto más a la estadística. Hace, aproximadamente, unos diez días estuve aquí para hacer un reportaje, que aún no se ha publicado. Me atendió el señor Beatón.

—Es el ingeniero jefe. Me dijo algo sobre ello, pero no supuse que fuera usted. Tenemos el orgullo de construir el edificio que menos víctimas ha ocasionado hasta el presente. Venga conmigo.

Entraron en una oficina, hecha con ladrillos, en el piso primero, donde Charles desinfectó cuidadosamente los brazos de Della, negándose a aceptar la presencia del médico. Dijo:

—Éste es el mal menor, querida. Sin duda, ese Morrison debió

confundirnos o me envidió la mujer que voy a llevarme.

El ingeniero sonrió en silencio y, viendo cómo Della se ruborizaba, se apresuró a explicar:

—No se preocupe, señorita. Soy casado y de novios dije cosas parecidas a mi esposa. A veces, el amor es algo indiscreto...

Los jóvenes permanecieron juntos toda la mañana, y a la hora de almorzar, ella le invitó:

—¿Quieres venir a casa? Siempre tendremos algo para comer. Va a acabar dándome miedo andar por Nueva York.

—Ese rascacielos tiene para ti mala suerte. Desde que hiciste el reportaje, todo te sale mal. Acepto encantado.

Cuando, una hora después, tomaban café en el cómodo saloncito de la casa de la avenida de Fifth, Della, con extraordinaria coquetería, comenzó:

—Tienes que perdonarme lo de antes, pero fue la única salida que se me ocurrió para no revelar tu personalidad. Temí que hubiese allí algún amigo de ese Morrison.

—¿Te refieres a considerarme tu prometido?

La muchacha accedió con el gesto y entonces Charles, sin lograr contener el impulso, se levantó y, cogiéndola por los hombros, la miró apasionado:

—¡Por qué no serían tus palabras una realidad!

Después, enlazándola por el talle, la besó en la boca, en una caricia interminable. Della se encogió un poco en los brazos de él, ansiosa de protección y de cariño.

Y así permanecieron breves minutos, gozando de la dicha de amarse. Fue Charles el primero en reaccionar, separándose, para sentarse en el butacón del tresillo. Dijo, entristecido:

—Disculpame. No pude resistir más. ¡Quién soy yo para merecerte!

La mujer, con infinita ternura, se sentó junto a él, recostando la cabeza sobre el hombro del amado.

—Para mí lo eres todo, Dick.

Él se volvió, viendo un inmenso dolor en los ojos de Della. Replicó, mientras hundía sus dedos entre los cabellos de la muchacha:

—Te amo con toda mi alma. ¿Puedes dudarlo?

Ya sobraban las palabras. Los labios se unieron de nuevo en un

beso inacabable...

Charles Wimsey, aquella misma noche, informaba a Roger Logan de lo sucedido, agregando:

—He pedido a Della la copia del reportaje que no han querido publicarle. Toma. Ese rascacielos me resulta extraordinariamente sospechoso. ¿A qué noticia interesante te referías esta mañana?

—Al informe de la Policía sobre el asalto de dos desconocidos a la casa del abogado Buster Keney. Salió a recibirles un mayordomo, herido en una mano. Sin duda, mientras estuvimos en el «*hall*», simuló haber perdido el conocimiento, temiendo que le matáramos. Dijo que calculaba serían dos rateros y que pudo sorprenderles antes de que penetraran en la casa, por lo que dispararon contra él varias veces, hiriéndole; que el señor Keney había ido a Nueva Jersey y que estaba solo en el «*chalet*». Rogó que no dieran mucha publicidad a un asunto vulgar.

—Lo que equivale a decir que mintió deliberadamente.

—Exacto, Charles. En cuanto a ese rascacielos, estoy esperando de un momento a otro un estudio completo sobre capitalización, mano de obra y personal. Enviaré el reportaje a los servicios técnicos, para que lo estudien también. Y Della, ¿cómo sigue?

—Algo asustada. Por fortuna, mañana parte a Washington, a la conferencia semanal de Prensa, supliendo a un redactor enfermo. La he aconsejado que permanezca allí el mayor tiempo posible. ¿Algo más, Roger?

—Sí. Anoche, un avión desconocido voló sobre Pittsburg con las luces apagadas. Hemos dado órdenes para que no se le entorpezca el viaje. Creo que va un buen puñado de «*gángsters*» a Chicago, a una labor de represalia. Si es así estamos de enhorabuena. Hemos transmitido órdenes a nuestros agentes de allí.

—Estupendo. ¿Qué hay que hacer ahora? Me molesta la inactividad.

Sin responder directamente a la pregunta, Roger Logan continuó:

—El Estado Mayor del
F. B. I.,

está informado de la valiosa ayuda que nos estás prestando y me ha encargado que, a título particular, te felicite, dándonos carta

blanca. Si te detuvieran te sacaríamos enseguida, pero has de limitarte a trabajar unido a mí. Ahora tengo algo que hacer contigo. Ahí, en esa maleta, va cuanto necesitamos. Ábrela.

Así lo hizo Charles con curiosidad. En el interior había frascos de pomadas de distintas tonalidades, pinzas, carmín, barbas, postizos de todos tamaños y, en fin, cuanto se precisa para una perfecta caracterización. El agente del

F. B. I.,
prosiguió:

—No sé si te habrás dado cuenta que dejamos sin asaltar un local, el más importante: el de Wall Street, junto a las residencias financieras. Esta noche...

Roger Logan hizo una exposición completa del plan que pensaban realizar, y luego de discutir algunos puntos, esclareciéndolos, los dos jóvenes, ante un espejo, se depusieron a cambiar de fisonomía...

ATENCION, LECTOR:

EDITORIAL ROLLAN publicará
¡PARA TUS HIJOS!
UNA REVISTA INFANTIL

VI



N el suntuoso local, mitad club mitad «*cabaret*» nocturno, reinaba una extraordinaria animación. Congregábanse allí grandes valores de las finanzas como asiduos clientes y numeroso público con el deseo de codearse con los magnates del dólar o recibir informes para una buena inversión de dinero.

Las mesas estaban servidas por camareros de «frac» y por todas partes cruzaban lindas muchachitas, portando en sus bandejas cigarrillos y todo género de golosinas.

El local era amplio, iluminado indirectamente, unas veces con viva luz y otras por unos focos azules o rosa, que le dejaban en una íntima semipenumbra. En el fondo, en un reducido escenario que comunicaba con la pista de baile por medio de una pasarela, grupos deliciosos de «*glamours girls*» y grandes figuras de la canción

norteamericana actuaban a los acordes de una magnífica orquesta de negros, situada ante un decorado plenamente tropical, con numerosas macetas y pequeñas palmeras naturales.

A la puerta, dos camareros recibían a los clientes asignándoles las mesas reservadas con anterioridad, mientras una señorita se hacía cargo de aquellas prendas u objetos que pudieran molestar a los que llegaban. Sin embargo, por ser muy alta la temperatura, apenas si recogía alguna capa de señora.

La afluencia de público era incesante, pese a que el local estaba casi completamente lleno. Dos caballeros, correctísimamente vestidos, penetraron en él.

—¿La mesa del abogado Shelby? —inquirió uno de ellos.

—Por aquí, señores. Pude conseguirla, al fin, junto a la pista.

El sirviente, obsequioso, les condujo al lugar indicado, desapareciendo para volver a poco con una botella de champaña.

—No conocía este club, Roger.

—No me extraña. Puede decirse que tiene un público fijo. Su nombre es una endiablada combinación de tres apellidos enrevesados, pero todos lo conocen por «Las Finanzas», debido al lugar que ocupa.

Bebieron lentamente. Charles Wimsey detuvo a una de las muchachas para pedirle un paquete de cigarrillos, dándole una espléndida propina, que ella agradeció con una sonrisa encantadora.

Roger Logan recorrió el salón con una mirada. Como supuso, había varias mesas ocupadas sólo por mujeres de diferentes edades.

—Charles: observa a ver si coincidimos.

Tras unos segundos de vacilación, Wimsey se decidió:

—Ahí está una muy interesante y sola. Su cara tiene unos rasgos singulares.

—Sí; mucho me equivocaría si no fuese portorriqueña. Has tenido acierto. Se encuentra en la edad más propicia, frizando los cuarenta, aun cuando hermosa.

La dama, vestida lujosísimamente, que ocupaba una mesa no muy distante de la de los dos jóvenes, les miraba con algo de curiosidad. En ese momento, la orquesta atacaba un «fox» lento. Charles Wimsey, abotonándose el «*smoking*», que, acentuando su complexión atlética, le daba un simpático y varonil aspecto

deportivo, se acercó:

—Señorita, ¿sería inoportuno si le rogara me concediese este baile?

La aludida, con un brillo de alegría en los ojos, replicó:

—Encantada, señor...

—Shelby, Thomas Shelby. Abogado.

Mientras bailaban, ella se presentó a su vez como Carolina Haley, viuda de un senador, comenzando a contar glorias y triunfos de su fallecido esposo. Charles Wimsey, en su deseo de agradarle, habló:

—Tiene que perdonarme el atrevimiento, señora Haley. Mi amigo y yo no conocemos a nadie en Nueva York y entramos aquí. Al sentarnos hicimos un comentario sobre la belleza de las mujeres, reparando en usted.

—Gracias, caballero. Es usted muy amable.

—¡Oh, no es un cumplido! Su hermosura es muy distinta a la de cuantas nos rodean. Tiene algo, ¿cómo le diría? español, intenso... Las demás son casi idénticas, «standarizadas».

Mientras danzaban suavemente, Charles iba vertiendo cumplido tras cumplido a la dama, que se dejaba llevar dulcemente. Cuando terminó la pieza, el falso Thomas Shelby rogó:

—Me agradaría presentarle a mi amigo. Se ha convertido, aun sin conocerla, en un ferviente admirador suyo. No me atrevo a pedirle que nos deje ir a su mesa y pasar la velada con usted o, por el contrario, que venga a la nuestra, mejor situada junto a la pista.

—Acepto gustosa. Veo que son ustedes unos caballeros.

Del brazo, Charles y Carolina se acercaron a Roger, el cual, con una sonrisa encantadora, se levantó a recibirles. Hechas las presentaciones con el «financiero Logan», la conversación se hizo amena.

—Antes no he querido contestarle porque terminaba el baile, señor Shelby, pero no se equivocó al suponer una ascendencia española en mi estirpe. Nací en Puerto Rico, aunque a los pocos años me trajeron mis padres a Nueva York.

—Puerto Rico —dijo, nostálgico, Roger—. Allí vivía la única mujer a la que amé intensamente. Hace diez años de ello, pero aún recuerdo, como si fuera hoy, la isla de las Antillas, acariciada por el mar Caribe. San Juan, Ponce, Guayama, Arecibo, Aguadilla,

poblaciones llenas de un maravilloso encanto.

—Veo que lo conoce bien. ¿Estuvo mucho tiempo? —inquirió la dama.

—Dos años casi viviendo en auténtico idilio entre los cafetales, las plantaciones de tabaco, la gente alegre de color, con la guitarra en las manos y la canción en la boca; las pequeñas maniguas, rebosantes en vegetación... Ella murió de unas fiebres y desde entonces recorro el mundo. Ya sé lo que me ha hecho fijarme en usted. Se parece a la que fue mi novia. —Roger hizo un extraño con la cabeza—. Perdóneme. No he podido contenerme. Son muchas las evocaciones que me ha sugerido. Bebamos un sorbo de champaña por las bellas mujeres de Puerto Rico.

Carolina miró en silencio, con mal disimulada emoción, a aquel hombre apuesto que guardaba tan profunda fidelidad a un recuerdo. Charles Wimsey la invitó a bailar y, mientras lo hacían, ella reconoció:

—Me han emocionado las palabras de su compañero.

—Y apenas si le conoce. Ahora dedica todos sus afanes por el bien de aquellos isleños. Me ha encargado un pleito difícil y enojoso, que luego, en la mesa, le explicaré. Lo cierto es que me considero un gran amigo de usted. La defensa de los jíbaros y el juego son sus grandes pasiones. Es muchas veces millonario y de una increíble audacia en la ruleta, a la que se entrega horas y horas con intensidad, no importándole perder grandes sumas, que gana al día siguiente en una operación de Bolsa.

—¡Qué personalidad tan interesante!

—No lo sabe bien, Carolina. Es muy reservado; por eso no soy capaz de explicarme qué ha visto en usted para hacerle partícipe de su dolor.

La mujer, sintiendo en sus venas el fuego del champaña y la danza, acariciada por los brazos y la palabra de Charles, se dejaba prender más y más en las redes de los dos hombres.

Cuando cesó la música, las luces cambiaron en un tono rosa, y una voz dijo a través del micrófono del escenario:

—Los quince minutos de la confidencia.

Era una modalidad implantada en aquel establecimiento. Los violines, muy suaves, entonaron sus dulces canciones. Charles Wimsey, en voz muy baja, explicaba a Carolina en qué consistía el

pleito que su amigo le encomendara:

—Usted habrá oído hablar muchas veces de los «ataúdes volantes», los grandes aviones de transporte que, por una cantidad mínima de dólares, conducen de Puerto Rico a Nueva York multitud de hombres, en su mayor parte de color, que huyen de la miseria de las chozas de caliza, ramajes o, en el mejor caso, ladrillo estucado.

—Sí —respondió ella—; aunque nunca me he preocupado de esas cuestiones.

—Es natural. Resulta muy desagradable para una señora tan distinguida como usted. Mi amigo, hace un año, realizó un viaje entre ellos, que van conducidos como mercancía en los vientres de viejos aviones, que llevan el doble de la carga habitual. Naufragaron a poco de abandonar el aeropuerto de San Juan. El aparato se mantuvo a flote milagrosamente, dando tiempo a que dos «destroyers», avisados por un aparato del servicio del guardacostas, se acercaran al lugar del suceso, pululante de tiburones. Un náufrago, al ser izado, había perdido las dos piernas y surgió, sangrante, a los ojos de los marineros. Otro desapareció entre las olas, mientras aullaba medio enloquecido... Toda pintura es pobre, Carolina. Del medio centenar de inmigrantes, sólo quedaron ocho con vida, entre ellos Logan.

—¡Qué horror!

Un olor agradable a esencia de rosas se expandió por el ambiente. La dirección del local aprovechaba todas las oportunidades para crear un clima favorable al amor. Wimsey continuó:

—Pues bien: el tráfico vergonzoso continúa, con la agravante de que los que consiguen llegar a Nueva York sufren mayor miseria que la que abandonaron. Las enfermedades caen, implacables, sobre los portorriqueños, hacinados en pequeñas casuchas del barrio de Harlem, junto con sus hermanos de color. Nosotros pretendemos ahora exigir responsabilidades a los propietarios de las líneas de transporte y obtener del Gobierno la seguridad de trabajo para los que lleguen.

—Es magnífica su obra —respondió, entusiasmada, la mujer.

—Sí —intervino Roger Logan—, pero no hablemos de ello. Me duele el corazón el recordarlo.

La luz volvió a sus primitivos tonos y, mientras la orquesta

interpretaba música de «jazz», los dos hombres y Carolina bebieron de nuevo.

—Me agradaría jugar un rato —dijo Logan, como si hablara consigo mismo.

Carolina se levantó, hablando unos segundos con un hombre que pasaba, y a los pocos segundos, luego de que el individuo miró varias veces a Roger y a Charles, volvió con el rostro satisfecho.

—He pedido a un amigo mío que les permitan entrar a una sala privada, donde se entretienen los íntimos. Algo para pasar el rato. No se trata de un negocio, sino de una distracción.

—Muchas gracias, Carolina. Es usted deliciosa. Tal vez así consiga ahuyentar de mí la tristeza que me invade; pero antes desearía beber otra copa —terminó Roger Logan.

Así lo hicieron y después fueron hacia el «hall», penetrando por una pequeña puertecilla. Dos hombres, que paseaban en aparente descuido, les contemplaron, sin decirles una sola palabra. Charles y Roger se miraron disimuladamente. Era un buen obstáculo si había que salir con precipitación.

Subieron por una estrecha escalera, llegando, tras de doblar un recodo, a una amplia sala, donde, ocupadas, había varias mesas de juego. Al fondo se abrían dos nuevos pasillos, que debían conducir a las habitaciones interiores.

Roger miró el reloj. Eran las dos de la madrugada. Quedaban quince minutos justos para que se apagaran las luces unos segundos, según las instrucciones que diera a la fábrica de energía eléctrica que abastecía aquel sector de la población.

Las partidas estaban justas, pero un individuo de rostro no muy noble, acercándose a los que acababan de entrar, preguntó:

—¿Desean jugar? Podemos habilitar otra mesa.

—No, gracias. Me gusta mirar antes un poco. —Ocuparé la primera vacante que quede libre.

Era un deseo muy natural entre los profesionales del juego, por lo que, los que le habían oído, le miraron atentamente.

Carolina se despidió de ellos:

—Yo vuelvo fuera, amigos. Suerte. Les espero cuando terminen.

Charles y Roger le besaron, ceremoniosos la mano y la mujer se alejó con el corazón lleno de gratos pensamientos.

Los dos hombres, como algunos otros, pasearon por el salón,

observando en silencio las partidas, mientras fumaban calmosos un cigarrillo.

Con disimulo, el agente del

F. B. I.,

miró de nuevo la hora. Cuatro minutos hasta el momento previsto. Cambió una mirada de inteligencia con Charles. La empresa era de un peligro grande, pero nada arredraba a aquellos valientes corazones, para quienes la muerte era sólo un acto de servicio.

—El de la izquierda —dijo entre dientes Roger, mientras encendía un nuevo pitillo de manos de Charles.

Faltaba justamente medio minuto, cuando Logan, dirigiéndose al que antes les abordara le preguntó:

—¿Tienen por aquí lavabo?

—No. Sólo en la planta baja.

Charles, viendo cómo en ese momento se levantaba uno de los jugadores, dijo:

—Ve tú. Yo te esperaré jugando. Procura que no te entretenga Carolina.

Roger salió, y en ese preciso instante, se produjo un apagón de luz. El corte había sido cronométrico. No en balde, el agente del

F. B. I.,

puso el reloj con el de la fábrica de electricidad. Alguien refunfuñó:

—¡Qué oportunidad!

—Sólo tardará un momento. Llevan dos noches haciendo lo mismo —habló otro, tranquilo.

Pero nadie vio cómo una sombra cruzaba el salón adentrándose por el pasillo. Al hacerse la luz de nuevo, Charles Wimsey tomó las cartas en la mano, preguntando a sus compañeros de mesa.

—¿Faro? ¿Póker?

—Mejor lo último. Es más apasionante —repuso uno de los jugadores.

El joven asintió, comenzando en silencio la partida. Ponía el máximo de atención en ella, arriesgando pocos dólares. Se disculpó:

—Perdonen estos tanteos, pero ignoro cómo juegan por aquí. He pasado varias temporadas en Milwaukee.

Intencionadamente había dicho una población próxima a Chicago, junto al lago Michigan. Sorprendió un cruce de miradas, lo que le hizo tener la seguridad de que estaba rodeado de enemigos,

tal vez de tramposos. Aquellos sujetos de apariencia honorable, como el que se levantó tan oportunamente para dejarle el sitio, no eran sino «ganchos» para desplumar incautos. Se arriesgó en varias partidas, ganando siempre. Ahora estaba convencido de que deseaban confiarle. Puso el máximo de atención al juego, aun cuando su pensamiento estaba puesto en Roger Logan el cual...

... tras de atravesar la sala, penetró audazmente por el pasillo de la izquierda, doblando un esquinazo. Al hacerse la luz se encontró frente a una habitación abierta y vacía. Fue a entrar, pero algo le detuvo, salvándole, quizá, la vida. Se acercó muy despacio, mirando a través de la pequeña rendija que formaba la unión de la puerta, y vio a un hombre, con una pistola al alcance de la mano, en una mesita sobre la que había cigarrillos y una botella de «*whisky*».

Meditó unos segundos; pero, como no podía quedarse en el pasillo, para ser descubierto por alguien que llegara, con la «Luger» en la derecha y una porra de goma en la izquierda penetró rápido, amenazando al vigilante, el cual, sorprendido, tuvo unos segundos de vacilación, que bastaron a Roger para dejarle inconsciente. Le ató con unos finos cordeles que llevaba previstos y, amordazándole, le ocultó detrás de la puerta, tapándole con unas cortinas que había dobladas en un rincón.

Apenas había terminado su labor, cuando sintió a su espalda un pequeño ruido. Sin hacer el menor movimiento echó «*whisky*» en el vaso, bebiendo. Luego, como una exhalación, giró sobre sus talones, apuntando a un «gángster», que le miró con espanto. A los pocos segundos, sólidamente amarrado e inconsciente, estaba haciendo compañía al vigilante debajo de las cortinas.

Abrió con las máximas precauciones, luego de escuchar atentamente, desembocando en una gran habitación, en cuyo centro había una especie de «*ring*». A los lados, espalderas, trapecios, el saco de arena... Semejaba un gimnasio en pequeño.

Lo atravesó, para llegar a un pasillo, que atravesó, descendiendo por unos peldaños de hierro. Oyó ruido sobre su cabeza y dedujo que el techo servía de escenario al «*cabaret*». Miró con detenimiento, pudiendo descubrir algo que le alegró: una especie de trampilla que debía conducir al exterior y a la que llevaba una tosca escala de madera.

Allí terminaban las habitaciones interiores de aquella parte del edificio. Era probable que el otro pasillo que nacía en la sala de juego bordeara el lado contrario.

Retrocedió, y al ir a entrar en el gimnasio, se detuvo, mirando el reloj. Llevaba treinta minutos allí. Fue a salir, pero unos pasos le hicieron pegarse contra la pared. Miró con las máximas precauciones y su corazón dio un vuelco al oír:

—Te aseguro, Phil, que ese hombre no ha salido. Tiene que estar dentro. Tal vez aprovechara el apagón de luz para cruzar ante nosotros. He mandado dos hombres a registrar la otra parte.

¡Tenía ante sí a Phil Clifton, el asesino del guardia del cementerio Evergreens, el «boss» del sindicato de juego de Nueva York! Escuchó.

—Y el otro individuo, ¿qué hace?

—Jugar con la máxima tranquilidad, y gana siempre, a pesar de los esfuerzos de los muchachos y de las cartas marcadas. Debe ser un tahúr. Tal vez, estos dos sujetos provengan, como los otros, de Chicago. ¿Vamos hasta el final?

—Sí —respondió Phil Clifton—. Es mejor asegurarnos. El jefe no nos toleraría otro error. ¿Hay muchos hombres disponibles?

—Unos doce, pero están en la sala. No he querido sembrar la alarma. No merece la pena. Si se encuentra por este lado, tú y yo nos bastaremos.

Roger Logan apretó, nervioso, la porra de goma, enfundando la pistola. No convenía hacer demasiado ruido.

Viendo cómo los otros dos avanzaban hacia él, y en la seguridad de ser descubierto, se lanzó al ataque, propinando al «gángster» que acompañaba a Phil un fuerte golpe en la sien, que le hizo caer desvanecido.

Tan imprevista fue la acometida, que el «boss» no pudo empuñar ningún arma, porque sintió sobre el rostro dos feroces puñetazos, que le derribaron. Desde el suelo quiso asir la pistola, pero Roger se tiró en plancha contra él y los dos hombres, en un abrazo mortal, rodaron, procurando inutilizar a su contrario.

Phil Clifton, acostumbrado a toda clase de sorpresas y peligros, defendíase bravamente. El agente del

F. B. I.,

peleaba con las fuerzas de la desesperación. El resultar vencido era

una muerte segura.

El «boss», propinando un rodillazo en el vientre de su adversario, consiguió ponerse en pie, atacando a Roger fieramente, el cual, en un admirable juego de piernas, esquivó la brutal acometida y sus puños, como martillos, golpearon el rostro del «gángster», que, enfurecido por la violencia del castigo, avanzó, ciego de cólera, con la cabeza baja. Un soberbio puntapié en la mandíbula le hizo levantarla, al tiempo que era golpeado en el hígado.

Phil retrocedió unos pasos. ¡Aquel hombre era de hierro! Sabiéndose vencido de antemano se apartó un metro para desenfundar el arma, pero una voz fría y amenazadora le contuvo:

—¡Quieto o mueres!

El amenazado alzó los ojos. Roger le encañonaba ya. El rostro de los dos hombres estaba sangrante y lleno de moraduras.

—Baja delante. Al menor signo de traición te lleno el cuerpo de plomo.

El «gángster» obedeció, descendiendo hasta llegar debajo del escenario. Roger miró el reloj. Ya debían estar sus compañeros rodeando el *cabaret*. Decidido, sin apartar el arma del cuerpo de Phil, ordenó:

—Sube y levanta la trampa.

—Pero... —Intentó oponer el miserable.

—Haz lo que te he dicho.

El público que se divertía entre música y taponazos de «*champagne*», ajeno al drama que acababa de desarrollarse, no pudo evitar un grito unánime de estupor al ver aparecer de pronto en el escenario a aquellos dos hombres sangrantes, uno de ellos con una pistola en la mano. La orquesta cesó de pronto, mientras las mujeres gritaban. Phil, siempre encañonado por Roger, comenzó a descender hacia la pista de baile, utilizando para ello la brillante pasarela.

Sonó un disparo y el agente del

F. B. I.,

cayó, momento que aprovechó Clifton para, de un salto, desaparecer por dónde había salido, pero Roger no estaba muerto, y desde el suelo hizo fuego dos veces sobre el que huía, perdiéndose sus balas en el aire. Después, desviando la pistola, tiró contra un

individuo que se disponía a repetir su agresión, y el cual se desplomó con un alarido de muerte.

Los parroquianos huían espantados y las balas silbaban en torno al bravo agente del

F. B. I.,

que, protegido tras una mesa, sintiendo que las fuerzas le abandonaban, contestaba fieramente con la rabia de la desesperación...

Charles Wimsey, que desde el primer momento comprendió que se enfrentaba con tahúres de la peor especie, miró con detenimiento y disimulo las barajas que servían para el juego, comprobando que estaban marcadas. No le fue difícil mediante varias partidas con los máximos descartes conocer en qué consistían las levísimas irregularidades en los impresos, y con su extraordinaria experiencia de los años pasados en Chicago, pronto conoció, sin descubrirles, el valor de los naipes. Por eso, en la media hora de juego evitó ser desvalijado, ganando un buen puñado de dólares.

Cuando se produjo el primer disparo, desde el salón, el joven levantó la mesa con las dos manos, arrojándola contra sus compañeros de juego, y de dos zancadas, antes de que nadie lograra reaccionar, bajó las escaleras, con la «German Luger» empuñada y un gesto decidido en su semblante. Necesitaba saber qué ocurría abajo. Sin duda, Roger Logan, perseguido, había conseguido descubrir una nueva salida al *cabaret*.

Dos balas se estrellaron muy cerca de su cabeza, por lo que saltó desde una altura de unos tres metros, cayendo hecho un ovillo junto a la puerta de entrada, en el «*hall*». Aquello le salvó la vida, pues uno de los guardianes disparó, pero la bala fue a clavarse en la pared, dos palmos por encima de la cabeza de Wimsey, que hizo fuego desde el suelo, eliminando a uno de los vigilantes. Buscó con la mirada al otro y lo vio unos metros a la derecha, tirando contra alguien que se hallaba cerca del escenario.

Rabioso, hizo hablar a su «German Luger», y el miserable se desplomó sin vida. Vio a Roger Logan sangrando y sin sentido, y se dirigió hacia allí con un absoluto desprecio del peligro, en el preciso instante en que por las puertas del *cabaret* penetraban varios hombres de paisano armados con ametralladoras y numerosos

policías de uniforme. Wimsey, junto al agente del F. B. I.,

su entrañable amigo, gritó a uno de los que venían:

—Rodeen la casa. Que no se escapen. Están dentro los «gángsters» más peligrosos de la ciudad.

—Ya está, muchacho —dijo el hombre al que Wimsey se había dirigido. Luego, inclinándose sobre Roger, tras de examinar la herida, habló:

—Tiene un balazo feo en la parte baja del hombro. Conviene llevarle rápidamente a un hospital.

Charles Wimsey cogió en brazos a Logan con la misma facilidad que si se tratara de una criatura, dirigiéndose a la puerta.

—Una ambulancia —pidió.

Dejó el cuerpo en brazos de los camilleros y, rugiendo de ira, se volvió al que le acompañaba:

—Mande varios hombres que vengan conmigo.

Y sin aguardar a enterarse si le seguían o no, penetró audazmente por la estrecha puerta que conducía a la sala de juego, tomando la misma dirección que le indicara Roger, o sea el pasillo de la izquierda. Avanzaron hasta llegar al gimnasio, donde se encontraron a un hombre sin sentido y, tras de las cortinas, a los dos «gángsters» atados y amordazados.

—Logan sabe hacer bien las cosas —murmuró.

Pero el registro no dio ningún resultado, porque Phil y los suyos habían desaparecido por un estrecho pasadizo que conducía al alcantarillado.

Los interrogatorios a los detenidos tampoco aclararon más las cosas. Todos conocían al «boss», pero ignoraban detalles de la organización. Y aquellos hombres decían la verdad, porque horas y horas sentados en una silla, frente a un potente foco de luz y tratados con la máxima dureza, no les dejaron ganas de mentir.

El jefe era, para ellos, un ser misterioso al que resultaba arriesgado conocer.

Salió acompañado del primer hombre en llegar junto a Roger en el *cabaret*, y que era el inspector Harris del

F. B. I.,

dirigiéndose al hospital donde habían conducido al herido. El

médico les tranquilizó:

—No es nada grave. Por fortuna, la bala no le rozó el hueso y ya se la hemos extraído. Aquí la tienen.

El inspector se la guardó. Dentro de unos minutos la enviaría al Departamento de Balística del

F. B. I.,

en Washington, para que fuese analizada por los técnicos.

—¿Podemos verle, doctor? —preguntó Charles Wimsey.

—Desde luego. Tardará una semana en restablecerse y quince días en estar curado totalmente. Sígueme.

Entraron en una habitación rodeada de azulejos blancos en cuyo centro había una cama. Roger Logan les sonrió al entrar. Sus primeras palabras fueron:

—¿Capturaron a Phil Clifton?

—No —repuso el inspector.

Y en breves palabras le informó de cuanto sucediera en el *cabaret*. Terminó refiriéndose a Charles Wimsey:

—No fue preciso que me lo presentara nadie. Tiene el mismo valor e idéntica acometividad que su hermano. Concibo que hayáis llegado tan lejos los dos.

—Gracias, Harry. Se me escapó Phil de entre las manos.

Y, refirió todo lo ocurrido. El inspector comentó:

—No debes preocuparte ahora de nada más que de tu curación. Si quieres, puedo trasladarte a casa. Mi mujer te cuidará como a su propio hijo. Ya sabes que te estima mucho. Podía quedarse también tu amigo y se te haría menos dura la convalecencia.

—Acepto agradecido, inspector. Iremos pensando un nuevo plan de ataque. Desde luego el Sindicato de Nueva York ha sufrido un rudo golpe.

—Y el de Chicago, Roger. Minutos antes de salir de la oficina me llevaron la noticia de una gran matanza entre «gángsters» en Chicago. No cabe duda que ese avión contenía gentes deseosas de venganza. Ahora daré las órdenes para que mañana a primera hora te trasladen. En cuanto a usted, joven —agregó, volviéndose a Charles, sepa que su hermano y yo hicimos juntos la guerra caliente en Europa y esta guerra fría, donde no es difícil perder la vida. Quisiera que me honrase con su amistad.

Dick Hadfield extendió su mano, muy emocionado:

—Veo que Stephen sólo se rodeaba de gentes de honor. Puede disponer de mi vida, si la necesita.

Roger Logan, complacido, inquirió al inspector:

—¿Recibió el informe sobre ese rascacielos?

—Sí, y el del reportaje. Resulta muy interesante. Ya cambiaremos en casa impresiones. Por ahora, lo importante es que te pongas bien. Me llevo a Hadfield conmigo.

Los tres hombres se despidieron con un fuerte apretón de manos, y Dick y el inspector se dirigieron a Brooklyn.

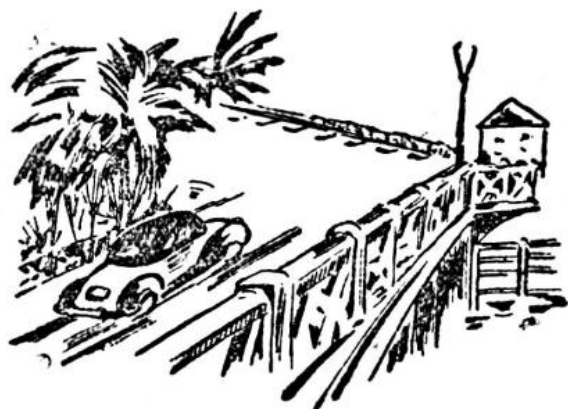
—Con razón le llaman a este Municipio «el dormitorio de Nueva York». Es el sitio más tranquilo —dijo Harris.

Fueron recibidos por una señora que, pese a sus cumplidos cuarenta años, se conservaba en la plenitud de la belleza. Era la esposa del inspector del

F. B. I.

Tomaron un vaso de leche fría, y Dick se sintió un poco como en su propio hogar. ¡Tanta bondad respiraba el matrimonio!

Cuando se quedó dormido, soñó con algo semejante junto a Della Watkins.



Si es usted un hombre culto y amante de la
emoción, suscríbase a la
EXTRAORDINARIA DEL OESTE

VII



OS periodistas, en el «auditorio» de Washington, del Departamento de Estado, aguardaban con impaciencia la llegada de la máxima autoridad gubernativa de la nación, charlando de temas políticos y financieros. Della Watkins —primera vez que asistía a la conferencia semanal de Prensa— preguntaba a un corresponsal de la United Press detalles sobre la forma de comportarse. La respuesta fue breve, pero contundente:

—Estilo parlamentario.

La muchacha no pudo inquirir más, porque en ese instante todos se pusieron respetuosamente en pie. Había llegado el Presidente, al que acompañaba el jefe de la Sección de Prensa.

A poco comenzaron los ruegos y preguntas de todas las cuestiones: diplomáticas, comerciales, políticas... El gobernante

contestaba complacido, y a veces extensamente, a los interrogantes de los periodistas, que tomaban notas taquigráficas en sus «blocks» de apuntes. La atmósfera era cordial, aunque respetuosa.

Antes de hablar, los periodistas pronunciaban su nombre en alta voz, que era tomado por la estenógrafa, para a continuación inquirir lo que les interesaba dar a conocer a sus lectores.

Della, que por la mañana había leído la noticia de la gran batalla desarrollada en Chicago entre «gángsters», aprovechando una breve pausa, se levantó, diciendo:

—Señorita Watkins, del «Herald», en sustitución.

—Hable —invitó la estenógrafa, luego de mirar al jefe de Prensa.

—¿Qué me puede decir el señor Presidente sobre los sindicatos de juego?

La pregunta era audaz e intencionada, pues todos los presentes sabían los detalles, por haberse publicado ya, de los sobornos y de los nombramientos de magistrados y jefes de Policía mediante las influencias y las amenazas de los fuera de la ley. Prepararon los lápices para no perder una sola palabra de la respuesta, pero quedaron defraudados. Con un: «No coment», seco y tajante, quedó resuelta la cuestión.

Sin embargo, los periódicos de la tarde reprodujeron a grandes titulares la pregunta hecha por el corresponsal del «Herald», lo que constituyó para el periódico un gran éxito.

En el hotel, Della esperaba la felicitación de su director, Agnes Saladine. Por eso, al abrir el telegrama lo hizo satisfecha. No fue pequeño su desconcierto al leer:

«Enhorabuena por éxito pregunta, pero regrese mañana en el avión de las diez. Enviaré otro periodista más prudente. —*Agnes*».

La joven, irritada, contestó:

«Obedezco. Supongo me sustituirá algún imbécil. —*Della*».

Satisfecho su amor propio por la respuesta, bajó a cenar, haciéndolo con un gran apetito.

Los cuatro poderosos motores del moderno avión apenas si se escuchaban en la cabina de pasajeros, acolchada interiormente contra toda clase de ruidos.

Della Watkins, sentada en su cómoda butaca, leía el extraordinario dominical de su periódico, con ciento ochenta y cuatro páginas. En el asiento contiguo, un hombre de edad madura iba consumiendo a pequeños sorbos un doble de coñac, mientras miraba a través de las ventanillas el minúsculo paisaje de unas montañas y ríos que, desde lo alto, semejaban un cromo de cuentos infantiles.

El aparato llevaba un total de cuarenta y dos pasajeros y hacia el recorrido Nueva Orleans, Washington, Nueva York y Ottawa, en el Canadá.

La mañana era buena y el cuatrimotor, a más de tres mil metros de altura, avanzaba rápidamente sin la menor oscilación.

En la cabina se oía un leve rumor de conversaciones, y sobre la parte posterior de los asientos iban colgados los paracaídas.

Fue todo de pronto, por lo que Della no pudo reprimir un grito. El individuo que a su lado bebía tranquilamente el coñac se levantó rápido y de dos zancadas alcanzó la puerta del aparato que conducía al exterior a tiempo que uno de los viajeros con el paracaídas puesto intentaba abandonar el avión.

—¡Quieto! —gritó—. Vuelva a su sitio.

En lugar de obedecerle, el sujeto, de cara ancha y cuerpo fornido, quiso empuñar una pistola, pero antes de que lograra hacerlo ya estaba encañonado.

—Señores: les ruego que se pongan los paracaídas. Policía Federal —agregó, enseñando una chapa—. Me terno que este hombre haya querido saltar porque «sepa» que algo no marchará bien dentro de unos minutos en los motores.

Hubo gritos en las mujeres, y dos «stewardess» aparecieron.

—¿Qué sucede?

El agente volvió a identificarse.

—

F. B. I.

Un conocido «gángster» de Nueva York ha intentado abandonar el avión usando el paracaídas. Comuníquelo a los pilotos. Me temo que haya preparado algún explosivo —luego, dirigiéndose a los

pasajeros, que, nerviosos, iban cumpliendo su indicación anterior, agregó—: No se asusten. Es posible que todo no sea más que una alarma.

Transcurrió un minuto. Las «stewardess» volvieron, y en los rostros de todos se adivinaba una mueca trágica, expectante. Alguien dijo:

—Me parece necio asustarnos sin pruebas.

El del

F. B. I.,

serenamente, replicó:

—Usted no puede imaginarse lo que yo daría porque esto fuese un solo susto; pero he vigilado a este individuo y...

No pudo seguir. En la proa del avión surgió una gran llamarada seguida de un ruido horrísono.

—Ha sido en los lavabos —gritó una «stewardess», con un absoluto dominio de los nervios.

Sonó otra explosión más fuerte aún que la anterior, y el aparato, cabeceando, picó hacia tierra en una caída mortal.

—¡Salten!

A algunas mujeres fue preciso empujarlas. Ordenando el salvamento, el agente del

F. B. I.,

se distrajo, y el «gángster», propinándole un soberbio puñetazo, abandonó el aparato.

Della Watkins, con una maravillosa serenidad, se acercó al que estaba salvando las vidas de todos, y estrechándole la mano se arrojó al espacio. La tierra parecía subir hasta la joven.

Sintió un brusco tirón en los hombros seguido de una sensación de ahogo. El paracaídas se había abierto. Miró a su derecha. La cabina del piloto era una gigantesca hoguera. Debajo de ella, a su izquierda, cabeceaban a impulsos del viento las blancas lonas de sus compañeros. Apenas si la separaban quinientos metros de tierra cuando vio estrellarse el avión en que minutos antes viajaran, y por su lado pasó el bulto de un hombre que, por no abrirsele el paracaídas acabaría estrellándose contra el suelo. Cerró los ojos para no ver el macabro espectáculo, y al abrirlos vio que a unos cien metros florecía la tela salvadora. Respiró.



La cabina del piloto era una gigantesca hoguera

Della Watkins, en su calidad de periodista, había presenciado numerosas pruebas aéreas, escribiendo incluso reportajes sobre la técnica de aterrizaje de paracutistas. Por ello se apoyó firmemente sobre los talones, tirándose en dirección contraria al viento, mientras se desataba la hebilla de sujeción, con lo que evitó ser

arrastrada.

Desde el suelo miró a su derecha. El agente del
F. B. I.,

se acercaba a ella a todo correr. La preguntó:

—¿Se lastimó, Della?

—No. Veo que la protección que me ofreció Roger Logan es efectiva. ¿Cómo se llama?

—Schuttle Monteith, a sus órdenes.

—Pues bien, sólo me resta darle las gracias. Y el individuo que le pegó, ¿escapando?

—Le vi maniobrar con el paracaídas para desviarle de los demás. Cayó a bastante distancia de aquí. Lo importante es poder comunicar por teléfono. Los tripulantes del avión deben de haber muerto abrasados. Veamos el modo de llegar a alguna carretera. Debemos de estar entre Reading y Lancaster.

Los dos Jóvenes se hallaban en un amplio campo verdeante de pastos, teniendo a derecha y a izquierda el comienzo de unos macizos rocosos.

—Y los demás, ¿se habrán salvado?

—Sí; pero están más lejos, hacia el Sur. No olvide que usted y yo fuimos los últimos en saltar. ¿Se decide a caminar?

—¡Cómo no! Deseo estar en mi pisito de Brooklyn, lejos de tantas emociones. ¿En qué piensa, Schuttle?

—En que es posible que al

F. B. I.

y a su seguridad personal le interese más que haya usted muerto en el accidente, si no, acabarán consiguiendo sus propósitos.

Della Watkins no contestó. A la media hora de marcha llegaron a una granja donde una mujer de mediana edad salió a recibirles. En breves palabras, Schuttle Monteith le refirió lo sucedido, omitiendo su personalidad. Preguntó: ¿Tienen teléfono?

—Sí; pase al cuarto de al lado. Yo les prepararé algo para comer.

—Gracias, señora.

El agente del

F. B. I.,

marcó delante de Della unos números, y a poco, en voz baja, comenzó a informar de lo sucedido. Agregó:

—Inspector, Della Watkins puede haber muerto. ¿Qué le parece?

—Hubo una pausa—. Bien, conforme. Esperaremos el coche — luego, volviendo, dijo sonriente—: Ahora voy a comunicar su defunción al periódico. Será cuestión de una o dos semanas. Me dicen de Nueva York que el asunto va muy adelantado. ¿Le importa?

—No. Estoy convencida de que ustedes saben mejor que nadie lo que me conviene.

Schuttle Monteith marcó un nuevo número, diciendo mientras se ponían al teléfono:

—Como verá conozco bien el periódico. Oiga —agregó al auricular, cambiando la voz enérgica por un tono plañidero—. Deseo hablar con el director. Es para algo muy importante. Sí... sí... ¿El director?... Soy un pasajero del avión que hace el servicio Nueva Orleans Ottawa. Ha explotado, en el aire, en Pensilvania. En el asiento inmediato al mío iba una señorita a la que alcanzó una llamarada. Momentos antes me habló del periódico, y como no conozco a nadie, me pongo en comunicación con usted para que ordene los servicios de socorro. La mayoría del pasaje se arrojó en paracaídas...

Dejó colgando el auricular y se tiró al suelo produciendo un brusco ruido. Luego, suavísimamente y recomendando silencio, cerró la comunicación, mientras explicaba a Della:

—No quiero dar demasiadas explicaciones...

Todos los periódicos reprodujeron a grandes titulares la catástrofe aérea, destacando la muerte de Della Watkins con artículos encomiásticos a sus cualidades de magnífica periodista. Algunos de los pasajeros que consiguieron salvarse, al referir la dramática actuación del agente del

F. B. I.,

declararon cómo ninguno vio saltar a la «repórter» ni al policía. De los restos del avión, incendiado y destrozado por efectos del choque, se encontraron cenizas, sin poderse discernir a quiénes pertenecían. La indignación popular se desató en ataques a las autoridades. El «World Affairs» decía en su primera página:

«La venganza de los sindicatos de juego. —Una periodista muere por haber formulado una pregunta en bien del país».

Y más abajo una fotografía de Della Watkins, a cuya derecha había otro título:

«El “World Affairs” publica a continuación el único trabajo inédito de la “repórter” del suceso del “Herald”, titulado “El coloso de hierro”».

Toda una plana fue dedicada al reportaje, en el que se estudiaba el complicado problema de la construcción de un rascacielos, haciendo una minuciosa estadística de los materiales empleados hasta el piso ciento dos para compararlo con el Empire State Building. La información terminaba:

«Ante tan monumentales cifras de acero y cemento, nos atreveríamos a formular una pregunta: ¿Rascacielos o fortaleza?».

Dick Hadfield terminó de leer en alta voz el reportaje. Sentados en cómodos butacones, Roger Logan y el inspector Harris habían escuchado en silencio. El último comentó:

—Ahora se trata de esperar dos días la reacción de esos individuos, y luego, acompañados de Della Watkins, visitaremos al director del «World Affairs» para que tire unas fotografías de la muchacha y publique otra noticia sensacional. La del hallazgo de la periodista, inconsciente, a las orillas del río Delavare, indicando cómo piensa descansar unas semanas en su piso antes de emprender un nuevo trabajo. El resto será de nuestra competencia. Espero que para entonces Roger pueda acompañarnos.

—Aunque fuera esta noche —repuso el joven, incorporándose para hacer algunos movimientos con el brazo—. Os aseguro que ni me molesta. ¿Cuál será la reacción de los constructores del rascacielos al que Della llama «el coloso de hierro»?

—Idéntica a la del sindicato. Las últimas investigaciones demuestran que unos y otros son los mismos. Sin duda, han convertido los sótanos en una auténtica fortaleza; quizá por eso hay dos turnos de ingenieros. No perdonarán a Della el que haya llamado la atención de los neoyorquinos sobre el edificio.

Dick Hadfield se dio una violenta palmada en la frente, rezongando:

—¡Bruto de mí!... ¡Bruto!

—¿Qué te ocurre? —le dijo Logan, sonriente.

—Que ya sé la razón por la que intentan suprimir a Della. El reportaje no se publicó; luego, si tal es la causa, hay que suponer que alguien del «Herald» está al servicio del Sindicato. Interesa conocer quiénes han tenido ese artículo.

—Efectivamente, muchacho. Es una deducción muy acertada. Te diré los nombres. El director Agnes Saladine, el redactor jefe Sammy Bachmann y un reportero llamado Donald Scott. Los tres están muy vigilados y espero que ahora cometan alguna tontería —repuso, sonriente, el inspector Harris, mirando significativamente a Roger; luego, incorporándose, se despidió—: En fin, os dejo. Tengo unas cosas que hacer. Hasta luego.

Una vez solos, con un pretexto, Dick Hadfield fue a su habitación, donde comenzó a caracterizarse:

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Roger a su espalda.

—Dejarme llevar por una corazonada. Voy a hacer una visita a un tal Buster Keney, en cuya casa estuvimos haciéndole una noche una visita. Quiero verle la cara únicamente. No hay riesgos. Me inventaré un pleito por el camino para pedirle parecer.

Logan, sentándose a los pies de la cama, comentó:

—Me gustaría acompañarte, pero los dos inspiraríamos sospechas. Te espero aquí. Te traeré las fotografías de los tres sospechosos del «Herald».

Salió, regresando a los pocos minutos con unas cartulinas que Dick miró atento.

Quince minutos más tardó Hadfield en transformarse en un señor de mediana edad, de profundas ojeras, pómulos encarnados y fino bigote de guías. La caracterización era perfecta, y el joven, luego de ajustarse la funda sobaquera conteniendo la «German Luger», se despidió de su amigo y, tomando el coche, enfiló en dirección a la calle de Bergen, parando a la puerta del hotelito. Salió a recibirle un mayordomo que tenía vendada la mano derecha.

—¿Qué desea, señor?

Dick respondió, hablando muy suavemente, como si acariciase las palabras:

—Ver al señor Keney. No me conoce. Anúnciele un posible cliente.

—Bien, señor. Pase a esta salita y siéntese.

Una vez solo en la pequeña habitación por la que penetrara con Roger noches antes, se dispuso a esperar, simulando una absoluta indiferencia. Tal vez le vigilasen desde algún lugar ignorado. A los pocos minutos entró de nuevo el mayordomo, indicándole:

—¿Quiere pasar, señor?

Dick subió, penetrando, siempre conducido por el sirviente, en el despacho que ya conocía. Nada más entrar, le dio un vuelco el corazón. Frente a él tenía a Sammy Bachmann, el redactor jefe del «Herald».

—Siéntese, señor...

—Creynell, de Georgia. Vengo para consultar con usted un caso de su especialidad.

Dick Hadfield comenzó a explicar un complicado asunto. El abogado le escuchaba sonriente, sin perder una sola sílaba. La historia no podía ser más verosímil. De resultas de un corrimiento de tierras habíase desviado el curso de un arroyuelo que regaba sus plantaciones por lo cual se vio obligado a hacer un pequeño canal. Uno de sus vecinos le había puesto pleito sobre la propiedad de las aguas.

El joven se detuvo haciendo una pausa, y el abogado le ofreció un cigarrillo y lumbre. Al acercarle la mano al rostro, aparentó perder pie debido a la incómoda postura, dando con sus dedos en una de las guías del bigote, que se torció.

—Lo que me imaginaba —dijo Sammy Bachmann, apuntándole con una «*Parabellum*» que extrajo rápidamente del cajón—. Se ha pasado de listo, amigo. El brillo de sus ojos no corresponde a un hombre de esa edad. Fui en mi juventud profesor de caracterización en una academia teatral. Le vigilé abajo, antes de recibirle, a través de un observatorio especial. Por eso le he recibido en persona. Usted es Charles Wimsey o, mejor dicho, Dick Hadfield. El Sindicato de Chicago nos remitió su fotografía a petición nuestra después de la muerte de su hermano. Es pena que tenga que matarle, más resulta demasiado entrometido. Hizo mal en suponer tan torpes a sus adversarios.

Dick Hadfield buscaba inútilmente una salida al atolladero en que hallábase metido, pero la «*Parabellum*», mantenida por mano firme, echaba todos sus intentos por tierra. De moverse, moriría.

Sammy Bachmann continuó hablando, luego de pulsar uno de los timbres que había sobre la mesa:

—Esperaba a algún agente del

F. B. I.,

o del Departamento de Policía. Entonces hubiera salido el hombre al que todos conocen por Buster Keney, persona honorable; pero, al reconocerle, a pesar del disfraz, quise gastarle una pequeña broma... Le costará la vida.

Alguien entró. Era Phil Clifton, el cual puso unas esposas en las manos de Dick. Luego, quitándole la otra guía del bigote, quiso recordar su fisonomía.

—¿Le conoces? —preguntó Sammy.

—Que me ahorquen si no es ese tipo del retrato que nos mandaba desde Chicago.

—Así es. Enciérrale bien en el sótano. Esta noche nos divertiremos con él un rato.

Esposado, sintiendo en sus espaldas el duro contacto del cañón de un revólver de grueso calibre, el joven fue llevado a dónde indicó el periodista, y tras de amarrarle sólidamente con unas cuerdas, sin quitarle las esposas. Phil Clifton le metió en una pequeña habitación, carente de ventanas, cerrando la puerta tras de sí.

Dick Hadfield, seguro de que le quedaban unas horas de vida, se decidió a afrontar la situación con la máxima serenidad. Además era posible que Roger Logan, inquieto por su tardanza, acudiera en su busca al frente de algunos hombres.

Quiso desatarse las piernas sin conseguir otra cosa que herirse cruelmente y fue pasando el tiempo.

Hadfield, calculando las horas, pensó que estaría anocheciendo. Tenía hambre y sed, pero nadie entraba en su cárcel, que parecía iba a ser su tumba.

En la habitación reinaba una absoluta oscuridad por lo que, aun a su pesar, se quedó medio adormilado. La luz de una linterna enfocándole el rostro le despertó. Era Sammy Bachmann, acompañado de Phil Clifton y otro hombre.

—Llévadle a la sala. Os dije que nos íbamos a divertir.

A través de un pasillo que rezumaba humedad, Dick Hadfield fue conducido a una amplia y desnuda habitación. De la pared

colgaban algunas argollas, así como del techo. El redactor jefe del *Herald*, comentó:

—Pretendí hacer de esto un gimnasio, pero hube de desistir porque resulta demasiado húmedo. Te contaré lo que pienso. Sujeto en la pared, en cruz, sobre una plancha de madera, ejercitaré el tiro de puñal. Phil me acompañará. No es que tenga mala puntería, pero es posible que algún cuchillo se te clave en piernas o en brazos. También cabe la posibilidad de que salgas ileso o de que mueras. Luego, te colgaremos del techo, a la altura de un saco de gimnasio y probaremos nuestros puños. Quiero ver lo que soy capaz de balancearte. Sí aún vives te dejaremos cabeza abajo para que mueras de una congestión cerebral, por ejemplo. ¿Qué te parece la idea?

En los ojos de Sammy Bachmann brillaba una expresión diabólica. Dick, serenamente, repuso:

—Merece la pena morir por conocer al jefe de una partida de canallas.

—Te equivocas hasta en eso. Yo no soy el jefe absoluto. A ése no le identificará nadie. Me limito a ser algo así como su brazo derecho.

—Mientes.

—No tengo por qué. Dentro de unas horas o de unos segundos, depende de mi buen humor, habrás dejado de existir.

Entre Phil y el otro «gángster» colocaron al joven en cruz sobre una plancha de madera con la que, sin duda, intentaron recubrir las paredes para aislarlas, mediante una cámara de aire, de la humedad.

Sammy, sacando de una mesa varios puñales, comentó:

—Me entusiasman los deportes y al jefe también. Queremos que todos nuestros hombres estén convenientemente preparados para la lucha.

Arrojó un cuchillo con aparente descuido. El arma pasó veloz ante los ojos de Dick clavándose a escasos milímetros de su muñeca. El siguiente puñal le rozó el cuello, hiriéndole. El torturado se mordió los labios en un supremo esfuerzo por dominarse. Le dolían las muñecas bárbaramente por la postura. Un nuevo cuchillo se clavó junto al pecho, a la altura del corazón...

—Prueba tú ahora, Phill. Pocas veces tenemos oportunidad de

ejercitarnos tan a lo vivo.

El miserable miró con odio a Dick. Levantando el brazo se dispuso a arrojar uno de los puñales...

TODAVIA SIGUE EN VIGOR
nuestro
CONCURSO DE CULTURA POLICIACA
Entérese de las bases en las novelas de:
F. B. I.
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
NEVADA

VIII



ELLA Watkins, en su nuevo y provisional departamento situado en un «chalet» de la carretera de Albany, pasando el puente sobre el Harlem, dedicaba las horas a escribir la historia que estaba viviendo, con riesgo de su propia vida.

Llamaron a la puerta y se levantó a abrir, no siendo pequeña su sorpresa al ver a su director, Agnes Saladine, el cual, sonriendo, habló:

—Es usted ilocalizable, amiga. ¿Me permite que pase?

—Desde luego. Es que me ha sorprendido tanto...

—Ahora le aclararé lo que para usted resulta inexplicable. Ya sabe que los periodistas somos el diablo. ¿Me da una copa de algo? Tengo sed.

Se habían sentado en unos butacones de mimbre del «hall» de la casa. La muchacha salió a complacerle, y mientras, el director del «Herald» miró a su alrededor, diciendo a Della, que entraba de nuevo con dos vasos conteniendo un líquido verdusco.

—Pocas comodidades tiene esto, amiga.

—Es un domicilio provisional. Le traigo un combinado que tenía hecho entre hielo. Es muy suave. Sí desea puede añadirle «whisky».

—No es preciso.

Agnes Saladine bebió con fruición, comenzando:

—Como veo por su rostro que se muere de curiosidad, le diré primero que no me fue difícil enterarme, por medio de la central telefónica, donde tengo un buen amigo, el número desde el cual se hizo la llamada al periódico comunicando el accidente. Tenía la intención de ir yo en persona, pero un quehacer imprevisto me lo impidió. Casi había desistido de ello, cuando el reportaje sobre el rascacielos, que no lo quise publicar, y que reprodujo el «World Affairs», me hizo concebir la sospecha de que vivía, pues nadie sino usted pudo habérselo entregado. Hice un viaje a la granja donde les acogieron, y la buena señorita me facilitó sus señas y las de su acompañante. Luego no estaba muerta. Ahora el problema radicaba en localizarla. Me alegré, pues la estimo. Además, mi rival periodístico ha dado un gran patinazo con su información. ¿Por qué lo hizo, Della?

—No puedo decírselo.

—Bien. Quizá dentro de un rato piense de otra forma. Contraté una agencia de detectives particulares y mandé vigilar a un íntimo amigo suyo, Charles Wimsey, de otro nombre Dick Hadfield, que fue, precisamente, el que, con otro individuo, la trajo aquí anoche. Bien sencilla la historia.

—Demasiado —repuso la periodista, observando detenidamente el rostro inescrutable del director. Veo que está enterado de demasiados detalles.

—No olvide que soy el mejor profesional de Nueva York.

—Profesional, ¿de qué? —preguntó incisiva Della, en cuyo cerebro iban germinando certeras sospechas.

—De la Prensa, naturalmente.

—Había pensado que del crimen —fue la seca respuesta de la muchacha.

Las descomunales manos de Saladine se movieron un poco y su rostro, poco grato, se contrajo unos segundos.

—Es usted muy poco, ocurrente. La despediría por haber dado ese artículo a un competidor, y por no haber tenido confianza en su director; pero vale usted demasiado como periodista para que prescindiera de sus servicios.

—¿Es un cumplido? —inquirió, irónica, la joven.

—No; una realidad.

—Es necesario morir para que los demás se enteren de lo que valemos los que vivos fuimos tratados a puntapiés. He aquí algo que no me sorprende. Sin embargo, director, pienso despedirme. No me gusta que me mande un profesional del... periodismo —terminó, sarcástica, la repórter.

—Me parece que se pasa de aguda, Della. Yo he venido a hacerle una proposición concreta, que aceptará. Le doblo el sueldo si sigue trabajando para mí y accede a lo que voy a proponerla.

Della Watkins miraba con mal disimulado horror a aquel hombre. Había adivinado su segunda personalidad, así como los motivos por los que quisieron suprimirla. Respondió:

—Y ¿a qué obedece de pronto tan magníficas condiciones?

—A que deseo servirme de usted para derrotar a mis adversarios publicando mañana su fotografía con el relato auténtico de lo sucedido. Vengo a que me acompañe a casa, donde escribiremos la información entre los dos.

—¿Y si no accediera? —insinuó la muchacha.

El rostro de Agnes Saladine adquirió un gesto duro:

—Entonces... seguiría usted muerta para siempre. No se puede culpar a nadie de haber privado a un muerto de la vida de que carece. La propongo la fama, el dinero, lo que quiera. A cambio, su trabajo y su obediencia en todo.

—Acepto —replicó la muchacha con la intención de salir del mal paso y luego denunciar a aquel monstruo.

—Lo celebro. Ya sabía que usted era una chica inteligente. Más antes tiene que firmarme unos papeles que me garanticen contra su traición. En éste se confiesa autora del robo de quince mil dólares en la caja del periódico. En éste otro, da todos los detalles de cómo fue usted la que, deseando popularidad, puso la bomba en el aparato en que viajaba, y el siguiente es una carta amorosa que me

dirige desde Washington al día siguiente de la conferencia de Prensa. Le prometo guardarlos donde no los encuentre nadie.

—Yo no firmo eso.

—Es el precio de su vida. Piénselo. Le doy cinco minutos.

Agnes Saladine se había quitado por completo la hipócrita máscara. Sacó un afilado puñal con el que se entretuvo recortándose las uñas. Della, sola, sin nadie a quién pedir auxilio en varias millas a la redonda, le contemplaba fascinada. Aquello era el fin, porque antes muerta que acceder a lo que aquel hombre la presentaba.

—Faltan dos minutos. Es joven, bonita y yo la ofrezco la riqueza. No sea necia.

El recuerdo de Dick Hadfield endulzó las facciones de la muchacha, que, sentada, se supo impotente para huir.

Agnes Saladine se había levantado. En su rostro había una expresión siniestra homicida.

—¿Qué responde?

—¡Canalla! —Le escupió en la cara.

Entonces, el director del «*Herald*» levantó el brazo armado con el cuchillo, y en ese preciso instante, fuera sonó la bocina de un automóvil. Saladine volvió el rostro con sorpresa, momento que aprovechó Della para, derribando la silla, huir escaleras arriba, encerrándose en su habitación.

Comprendiendo que había perdido la partida por unos segundos, Agnes saltó por una de las venturas, viendo desde el jardín cómo penetraba un hombre en el edificio. Saltó a su automóvil, y poniéndole en marcha enfiló a toda velocidad hacia Nueva York. Si no obraba con la máxima rapidez estaba perdido.

El inspector Harris cruzó el «*hall*», volviéndose al oír el ruido de un motor en marcha. Inquieto, y esperándose lo peor, subió los escalones de cuatro en cuatro, aporreando la puerta de su cuarto. Nadie le contestó. Entonces gritó:

—¡Della! ¡Della!

La puerta se abrió, apareciendo la muchacha, pálida como una, muerta.

—Gracias a Dios que está viva. He pasado unos momentos terribles. ¿Qué ocurrió?

Apenas había terminado de referirle lo sucedido cuando el

inspector Harris, desde el teléfono, daba órdenes a todos los cuartelillos de Policía de Nueva York. Segundos después, las carreteras de los Estados serían tomadas por las fuerzas de la ley y el automóvil del inspector volaba por la carretera de Albany.

Mientras tanto, Roger Logan, inquieto por la extraordinaria tardanza de Dick Hadfield, y en ausencia del inspector Harris, se dispuso a actuar por propia cuenta, aun cuando el médico seguía recomendándole quietud.

Se colocó la pistola en el lado izquierdo de la cintura, única mano de la que podía hacer uso con rapidez, y saliendo a la calle, tomó un «taxi», al que dio la dirección de la avenida Flatbush. Ya era de noche y deseaba penetrar de nuevo en el «chalet» sin ser visto.

Recostado en el asiento posterior del coche, su cerebro iba trabajando activamente. ¿Dónde podía estar Dick a tales horas? ¿Tal vez con Della? Desechó la idea por absurda. La seguridad de la muchacha era superior al deseo de Hadfield por verla. Debió haberle sucedido algo. Tal vez en esos momentos...

La idea de que el joven pudiera morir le hizo apretar los dientes con furia.

—Más aprisa —dijo al conductor.

—Vamos al máximo de velocidad, señor.

No queriendo llamar la atención de los numerosos transeúntes, Roger Logan contuvo sus deseos de, vulnerando las disposiciones del tráfico, hacer uso de su calidad de agente del F. B. I.

Deseaba pasar desapercibido.

—Pare ahí —ordenó con un suspiro, deslizando unos billetes en las manos del taxista, que agradeció:

—«Thanks, *sir*»[5].

Caminó a buen paso por la muy iluminada avenida, adentrándose en la calle de Bergen, por dónde, debido a lo temprano de la hora, deambulaban algunos transeúntes.

Se fue acercando a la casa con la máxima tranquilidad. Providencialmente, la verja del jardín estaba entornada, y recorrió el estrecho paseo erguido, como si no le importara ser visto. Llamó a la puerta de un fuerte campanillazo. Tardaron bastante en abrir, y cuando lo hicieron, con una perra de goma, Roger golpeó

fuertemente al que le franqueaba la entrada, el cual cayó sin sentido. Después...

Los puñales que arrojó Phil Clifton le desgarraron los costados, sin producirle ninguna herida seria.

Sammy Bachmann, cogiendo unos guantes de boxeo que había sobre una repisa, comenzó:

—Ahora me divertiré haciéndote oscilar como si fueses un saco de arena.

Pero en ese mismo momento bajó el mayordomo.

Le llaman urgentemente por teléfono.

El redactor jefe del «*Herald*» dijo a Phil y al «gángster» que lo presenciaban todo con una sonrisa cruel:

—Ídmelo preparando para cuando baje.

Desataron a Dick Hadfield, que sangrando, con la camisa desgarrada, semejava un titán. Fiel a su deseo de evadirse, aparentó estar muy débil. El mayordomo y el otro hombre le vigilaban mientras Phil preparaba unas cuerdas que pendían del techo.

Sonó el timbre de la puerta.

—Voy a abrir; ahora mismo bajo. Por nada en el mundo me perdería esta diversión.

Apenas había salido del sótano cuando Dick Hadfield vio llegado su momento, y aun con las dos manos ligadas por las esposas, se dispuso a actuar. Phil Clifton, que fue el primero en acercarse, recibió un feroz cabezazo en el estómago que le hizo caer retorciéndose de dolor, y luego, con las dos manos en forma de maza, descargó al sorprendido «gángster» un golpe en la nuca.

Se volvió y lo hizo a tiempo. Desde el suelo, el «boss» apretaba el gatillo de su pistola. En tan crítico momento se tiró a un lado, sintiendo pasar frente a su cara el aullido de la muerte. Sin embargo, estaba perdido. Phil Clifton rectificó la puntería y cuando su dedo comenzó a curvarse sonó una detonación y el miserable cayó al suelo un balazo mortal en el pecho. Logan había aparecido en la puerta.

—¡Roger! Cuida no te ataquen por la espalda. Pueden volver. Hay más gente en la casa. En el bolsillo de la americana de Phil encontrarás la llave de las esposas.

—No me equivoqué al suponer que estabas en un grave aprieto

—comentó el agente del

F. B. I.,

mientras libraba al joven, que se apresuró a coger el arma del «gángster» inconsciente.

—¿Qué hacemos con éste? —preguntó.

—Déjalo encerrado aquí.

Dick Hadfield, ensanchado su robusto pecho, asida la pistola en su mano firme, exclamó:

—De nuevo juntos, Roger. ¡Pobre del que se cruce en nuestro camino! Uno de los jefes está ahora en el teléfono.

Subieron rápidos las escaleras, y al llegar al vestíbulo vieron que el mayordomo no estaba allí. Con un absoluto desprecio del peligro, seguros de que la menor vacilación podía contribuir a fuga de Sammy Bachmann, llegaron a grandes zancadas al despacho; pero tarde, porque la caja de caudales había sido abierta y un montón de papeles ardía en su interior.

Dick fue hacia ellos y a manotazos consiguió apagarlos sin que el fuego los destruyese totalmente. Fuera se oyó el rugir de un motor de automóvil que se ponía en marcha.

Llegaron a la puerta, alcanzando a ver el coche de Hadfield que desaparecía por la esquina de la avenida Flatbush. Sin duda, alguien le avisó por teléfono, y luego, al sentir los disparos y ver caído al mayordomo, el redactor jefe del «Herald» decidió emprender la fuga.

Corrieron por la calle Bergen llenando de asombro a cuántos les veían pasar. En el mismo cruce con la avenida había un coche de la Policía. Roger Logan metió la mano con la chapa en las narices de los agentes, y colocándose en la parte posterior del coche ordenó:

—Nos interesa localizar un «Nash» crema que ha pasado por aquí hace unos minutos en dirección a Manhattan.

Los agentes asintieron, emprendiendo el camino a toda velocidad. En ese momento la radio comenzó:

«Atención... Atención... Coches de Policía de los distritos cuarto, quinto y sexto. Atención. Interesa captura Agnes Saladine, director del “*Herald*”, que va en un coche negro. Transmitimos su retrato por telefoto. Es peligroso. Si es preciso, usen las armas. Atención. Atención...»

El mensaje fue repetido de nuevo mientras que por un pequeño

aparato, semejante a una reducida pantalla cinematográfica, pasaba una y otra vez, en sentido curvo, la imagen de Agnes Saladine.

—¡Pobre Della, rodeada de asesinos! —comentó Dick Hadfield. Luego, en breves palabras, puso en antecedentes a Roger de lo sucedido.

Recorrieron una y otra calle sin conseguir localizar el «Nash». Roger Logan, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, ordenó:

—A la Quinta Avenida, a la parte sur. Es cuestión de vida o muerte.

—¡No puedo abandonar mi distrito, señor! —Se resistió el agente.

—Cargo con toda la responsabilidad. No tema.

Ya en la popular vía del Manhattan cambiaron a otro automóvil del Departamento Motorizado, encomendando al que abandonaban:

—Telefoneen al cuartelillo para que envíen varios agentes a la calle Bergen, finca del abogado Buster Keney. Que detengan a todo el que intente entrar o salir.

Después dijo al conductor:

—¡Vamos al rascacielos en construcción! Allí encontraremos la clave de todo.

La sirena, en el máximo de potencia, fue abriendo camino al coche, ante la mirada tranquila de los transeúntes, acostumbrados a semejantes espectáculos.

—Paren. Haremos el resto del camino a pie.

A unos doscientos metros se alzaba la alta mole del gran edificio.

Los agentes contemplaron con asombro el extraño aspecto de Dick Hadfield, en mangas de camisa, manchado de sangre y con un gesto de fría decisión en el rostro...

IX



EINABA un absoluto silencio en la inmensa mole del rascacielos. Las desnudas vigas de cemento, en la noche, semejaban blancos esqueletos. La Quinta Avenida se mostraba más silenciosa que de costumbre, tal vez debido a la avanzada hora.

Roger Logan y Dick Hadfield llevaban un largo rato observando el edificio, pero sin resultado.

—¡Vamos dentro!

—No; espera todavía. Tengo la seguridad de que hay vigilantes armados guardando los materiales. Dispararán sobre nosotros confundiéndonos con vulgares ladrones —repuso el agente del

F. B. I.

Los nervios de Dick estaban a punto de estallar. Le irritaba la

inactividad. Y por si fuera poco, no podía fumar un cigarrillo para que el olor a tabaco no les delatara.

Roger Logan apretó el brazo de su compañero y se hundieron materialmente en la valla que circundaba el recinto. Unos pasos se acercaban, y a menos de dos metros, un hombre, luego de mirar a todas partes con intención, franqueó una pequeña puerta, desapareciendo:

—¿Le has reconocido, Dick?

—Sí. Es Sophie Beecher. El sujeto al que hicimos cantar en mi cuarto del Waldorf. Ahora estamos seguros de no equivocarnos. Sube sobre mi hombro.

Roger así lo hizo, acertando a distinguir cómo el «gángster» se perdía tras un recodo. Miró con más atención hacia la puerta. Allí había un centinela, armado con un rifle de repetición. Concibió un plan audaz.

—Tenemos que entrar —susurró en voz baja—. Escucha.

Casi al oído, en breves minutos, Logan informó a Dick de sus planes, y luego los dos jóvenes, sin cuidarse de silenciar los pasos, se acercaron a la entrada de la valla, empujando la puerta. Hadfield iba el primero, con su deplorable aspecto. El guardián, al verles llegar, dio un paso a atrás, amenazándoles con el arma; pero Dick, sin hacer caso de su actitud hostil, inquirió:

—¿Ha venido el jefe? Tengo algo urgente que comunicarle.

Era tanta la serenidad de los recién llegados, que el hombre se confió. Repuso:

—No lo sé, pero abajo hay muchos hombres. Sin embargo, no os conozco. Dejad que avise.

Roger vio que la mano de aquel individuo se dirigía hacia un pequeño botón de la derecha, y sin darle tiempo a que lo oprimiese, le dio en la cabeza con la culata de la «Luger». Después, atándole con cuerdas de un rollo que por allí había, le escondieron tras una pila de sacos, echando el cerrojo a la entrada de la valla.

—Todas las precauciones serán pocas —comentó Hadfield—. Estamos en el cuartel general del Sindicato.

Caminaron con paso de lobo en la misma dirección de Sophie Beecher, procurando hurtar el cuerpo a la claridad de la luna.

Pasaron a través de una pasarela, alcanzando el primer piso de la edificación, cruzado todo él por tablas, estrechos caminos que

evitaban desplomarse por el gran hoyo donde se cimentaba el rascacielos. Detuviéronse ante un ascensor, sin otra armadura externa que la precisa, destinado a acarrear materiales.

—Tienen que estar abajo —comentó—, pero es peligroso poner este chisme en marcha.

Las viguetas de hierro que sustentaban al montacargas podían servir. Dick Hadfield, señalándolas, insinuó:

—Tu brazo, Roger...

—¡Bah! Me sobra con el izquierdo. No te preocupes. Además, es cuestión de dejarse deslizar poniendo las piernas en juego. Por esta parte no hay más de diez metros.

Iban a ejecutar sus planes, cuando la Providencia, que sin duda aquella noche velaba por ellos, les reveló un peligro. Alguien encendió en el fondo de una cerilla para prender fuego un cigarro.

Al resplandor del fósforo pudieron ver cómo el individuo hallábase sentado junto a una puerta en el lugar donde terminaba el ascensor.

Dick Hadfield, haciendo señas a Roger para que aguardara, se abrazó silenciosamente a una de las engrasadas barras del ascensor, dejándose resbalar por ella sin el menor ruido. Cayó de pronto, con la pistola empuñada, frente al «gángster», el cual miró al recién llegado con profundo terror, como a una aparición.

No tuvo tiempo de reaccionar, porque fue golpeado duramente en la cabeza, perdiendo el sentido. No le fue preciso a Dick avisar a su compañero, porque éste ya se hallaba abajo, portando en su brazo derecho un rollo de grueso bramante:

—Toma, y no le tires. Es muy posible que le necesitemos.

Lieron como un fardo al individuo, ocultándole tras los innumerables materiales que había diseminados por todas partes, y luego, decididos, se dirigieron a la puerta, que estaba cerrada. Las llaves las encontraron en los bolsillos del inconsciente centinela.

Ya dentro, en el estrecho pasillo abovedado, de cemento, Dick no pudo evitar que un frío extraño le recorriera los huesos. Se acordó de su novia. Si los «gángsters» les sorprendían, aquélla sería su tumba. Apretó la pistola nerviosamente.

Desembocaron en una amplia sala convertida en gimnasio. Hadfield recordó lo que Sammy Bachmann le dijera sobre los deseos del jefe de tener a sus hombres en la mejor disposición de lucha.

Cruzaron varios salones amplios, destinados, sin duda, a salas de juego. Por todas partes se habrían puertas y pasillos. Aquello era, efectivamente, una fortaleza, y allí iban a parar parte de las grandes cantidades de materiales a que Della aludió en su artículo «El coloso de hierro».

Oyeron las voces de hombres que se acercaban y ocultáronse en el recodo de uno de los corredores. Dick, tirándose al suelo, miró, pudiendo distinguir a tres sujetos de pésima catadura frente a una puerta de madera, artísticamente tallada a mano. Allí, sin duda, estaba el jefe de la poderosa organización criminal que tuvo a raya durante años al Departamento de Policía de Nueva York. Sin embargo, tres hombres eran muchos.

Roger Logan tuvo una idea audaz. ¿Habría teléfono en aquel subterráneo? Tal vez una derivación del despacho del ingeniero jefe.

De donde ellos estaban a la puerta habría unos cinco metros a cuerpo descubierto. Y esperar allí era tanto como ser sorprendidos. Oyeron pasos a su espalda. ¡Iban a ser cogidos entre dos fuegos!

Poniéndose de acuerdo con una mirada, Dick y Roger irrumpieron valientemente en el pasillo con las pistolas a punto de disparar. Al ver avanzar a aquellos dos hombres con el rostro contraído por una fría resolución, los «gángsters» intentaron empuñar sus armas; pero tres disparos, que sonaron como otros tantos trallazos, dieron fin a sus vidas miserables. ¡La alarma había sido dada!

Empujaron la puerta, encontrándose frente a Agnes Saladine, que les miró con asombro. Roger Logan atrancó detrás de sí, y quitándose de la posible trayectoria de las balas, acercáronse a él, que habló:

—No les esperaba, pero siéntense. No cabe duda que son ustedes hombres de extraordinaria valía.

Roger Logan vaciló, pero Dick Hadfield dijo:

—Hagámoslo. Si nos capturan sus hombres, no será sin que usted nos preceda en el camino de la muerte. No le amenazo. Cuando hemos entrado hasta aquí supondrá que venimos decididos a todo.

—Desde luego.

—Me gustaría que me respondiera a unas preguntas. ¿Fue usted

quien dio la orden de asesinar al senador Harold Wallman y a mí... al inspector Stephen Hadfield?

—No lo recuerdo. Mi vida está llena de hechos interesantes.

Dick Hadfield se levantó. Su figura hercúlea y sus manchas de sangre y grasa impresionaban. Dijo:

—Míreme bien. Su... ayudante, Sammy Bachmann, me puso así para divertirse, sin otra razón que la de su propio capricho. A usted le voy a dejar bastante peor, porque me guía la justicia y la venganza.

Las palabras eran siniestras. Roger Logan, callado, vigilaba el cuarto, hasta que acabó convenciéndose de que no existía allí ninguna otra salida.

Agnes Saladine, palideció:

—Odio la violencia. Siéntese, se lo ruego. Le informaré de cuánto desee saber. ¡Para lo que le va a servir lo que le diga! Verá. Tendré la satisfacción de contarle cosas interesantes. Por ejemplo, los motivos que me indujeron a ponerme fuera de la Ley. Después oirá lo que tanto le interesa.

En ese momento aporrearon la puerta. Roger Logan, de un salto, se puso en pie.

—Ordene a sus hombres que se marchen.

—Y ¿cómo voy a hacerlo?

—Escriba una nota. Dígales que su vida depende de su actitud.

—Conforme.

El director del «Herald» obedeció. Antes de entregársela a Roger leyó en voz alta:

—«No cometáis actos de violencia. Va mi vida y la de todos en ello. Esperad órdenes». ¿Es bastante?

El agente del

F. B. I.,

sin responder, hizo llegar por debajo de la puerta el mensaje a manos de los «gángsters», los cuales cesaron en sus manifestaciones hostiles. Agnes Saladine, sacando una caja de cigarrillos, la ofreció a los jóvenes, que no aceptaron. Empezó:

—Mi padre era un obrero del muelle, que tuvo la desgracia de enamorarse de una histérica multimillonaria, divorciada por cuatro veces y que ya tenía varios hijos de sus anteriores maridos, gente de la mejor sociedad. Bueno, en realidad, yo creo que fue ella la que se

encaprichó de mi padre. Se casaron, y nació yo, un intruso en aquella familia de magnates. A poco, como no podía menos de esperarse, cansada de la novedad, mi madre solicitó, y obtuvo, el divorcio entregando una bonita suma a mi padre, que, desesperado porque quería con toda su alma a aquella mujer, se lo jugó, entregándose a la bebida, hasta que lo mataron en una riña de taberna. Contaba yo entonces catorce años, y vivía... aún no puedo explicarme cómo vivía. Vagabundeaba por los barcos comiendo lo que me daban o lo que podía robar. Por dos veces intenté entrar en la casa de mi madre, pero ésta se había vuelto a casar con un renombrado actor cinematográfico y andaba recorriendo el mundo. Mis hermanos, ya mayores, me echaron a la calle, y entonces sentí una pena y un odio inmenso. En aquel instante nació el hombre que ustedes ven hoy.

Los ojos de Agnes Saladine se transfiguraban con el recuerdo. Sus mandíbulas habíanse contraído con un gesto de dureza, de dolor. Prosiguió:

—Rodé cuesta abajo. A los dieciséis años, un abogado, compadecido de verme vagabundear, me llevó como botones a su despacho. A partir de ese momento cesaron mis privaciones; pero como se vio precisado a trasladarse a la India y no podía llevarme con él, me colocó en un semanario, en calidad de empleado de oficina. Mi padre me había enseñado a leer y a escribir, y en el periódico nos daban clases de cultura general. Era bastante inteligente y descollé, publicando pequeños trabajos, que me fueron abriendo camino en el mundo del periodismo. Más necesitaba dinero, y lo obtuve. Una noche robé la caja de caudales y prendí fuego al edificio. No pudo salvarse nada, y no se enteraron de que yo había sido el culpable. Tenía veintidós años y cerca de medio millón de dólares. Me coloqué en otro periódico, ya como periodista. Mas aquello no colmaba mi ambición. Necesitaba más, y lo obtuve asociándome con sujetos de pésimos antecedentes, creando una de las primeras salas de juego de Nueva York. Uno de ellos murió en una reyerta. El otro es Sammy Bachmann, Buster Keney de verdadero nombre.

Roger Logan escuchaba atento. La historia era una de tantas en la que la humana injusticia creaba corazones de fieras.

—Los primeros crímenes fueron en la familia de mi madre, en mis hermanos. A ella la respeté y ha muerto arrepentida de sus

errores. Nos hicimos millonarios con el juego, anexionándonos por dinero o por las armas todos los garitos. Así fue naciendo el Sindicato. Compré el periódico para justificar mis ingresos y contraté a Phil Clifton a fin de que se hiciese cargo de toda la organización exterior. Él nunca me vio la cara, pues las órdenes se las daba por escrito. Y así fueron transcurriendo los años, burlando a la Policía con sobornos o amenazas. Conseguí una personalidad que me colmó mi ambición, e hice a mi socio redactor-jefe del «*Herald*». Luego supe que Harold Wallman se reunía con un inspector del

F. B. I.,

para interesar a la organización en el asunto, y di orden de que, si llegaban a un acuerdo, los suprimiesen. El senador sabía demasiadas cosas, incluso los nombres de sus compañeros a mi servicio.

El agente del

F. B. I.,

puso su mano derecha sobre el hombro de Dick, recomendándole calma. Agnes Saladme agregó:

—Ya termino. Habíamos comenzado a construir este edificio para invertir los millones de dólares obtenidos y con el deseo de hacer de los sótanos nuestro cuartel general, instalando las mejores salas de juego. Una mujer hizo un reportaje, que a cualquier técnico hubiese extrañado, incluso a los profanos, pues comparaba los materiales empleados en ciento dos pisos con el Empire State. Decidí que no se publicara, reprochando al ingeniero jefe su ligereza al facilitar tales datos. Doscientos mil dólares le taparon la boca para siempre, pero ya era tarde. El

F. B. I.

se lanzó tras de mí, y, por si fuera poco, recibimos la noticia de que de Chicago había salido para Nueva York el hermano del inspector muerto. Mandé suprimir a Della, pero la suerte la favoreció. Supongo que entonces comenzaron ustedes a sospechar de mí. Y esto es todo. Muy sencillo, ¿verdad?

—Tanto que le llevará a la silla eléctrica —dijo secamente Roger Logan.

—No lo crea. Dispongo en este momento de cuarenta hombres a mis órdenes. Si acaso, moriremos todos juntos.

Roger Logan se levantó decidido.

—¿Dónde está el teléfono?

—Aquí. Tenga; pero pierde el tiempo. Se ha sembrado la alarma y estamos totalmente incomunicados con el exterior. La puerta por la que han entrado se oculta tras de una montaña de sacos de cemento.

El agente del

F. B. I.,

intentó comunicar, sin conseguirlo. Aquel miserable decía la verdad. Dick Hadfield le observaba atentamente, sin darse cuenta que una parte del muro que tenían a su espalda se iba abriendo lentamente, y Sammy Bachmann, al mando de varios hombres, se acercaba por detrás. Cuando quisieron volverse ya era tarde, pues los recién llegados saltaron contra ellos, entablándose una lucha, que cesó con la inmovilidad de Dick y de Roger, aplastados por el número. Fueron atados concienzudamente. Agnes Saladine sonreía. Dijo, dirigiéndose a Sammy:

—Me tuviste con el alma en un hilo. Debiste venir antes. ¿Acaso esperabas a que me mataran?

El redactor jefe del «*Herald*» palideció:

—No; es que...

No pudo continuar. En la mano derecha del jefe apareció una «Bronwning», con la que hizo fuego por tres veces. Comentó:

—Lléváosle. Era demasiado ambicioso.

Los «gángsters» obedecieron sin una palabra, y Saladine, abriendo la puerta del despacho, se tropezó con un hombre que llegaba:

—Jefe. El rascacielos está rodeado por la Policía.

—Bien. ¿Habéis camuflado la entrada?

—Sí. Lo ha hecho Richard, que es el único que no está fichado.

—Entonces, reúne a todos los hombres en la sala. Quiero darles órdenes. Que nadie se asuste.

El «gángster» abandonó el despacho y Agnes Saladine pulsó una palanca detrás de un cuadro y la pared descendió, dejando al descubierto un ancho túnel ascendente, en el que había un poderoso «Studebaker». Orgulloso, se volvió a los prisioneros, diciéndoles:

—Saldré dos millas después del cerco de la Policía, en un solar abandonado; pero antes me he de transformar.

La pared retornó a su sitio y el miserable, sacando un estuche de uno de los cajones, se dispuso a caracterizarse. Roger Logan y Dick Hadfield, sólidamente atados, no ignoraban que cuando terminase dispararía fríamente contra ellos. La situación era extremadamente difícil.

X



RONTO se movilizaron todas las fuerzas de la ley desde el despacho en Nueva York del Federal Bureau of Investigation. El inspector Harris comunicó con el oficial comandante de la División de Detectives del Departamento de Policía, y unidos establecieron un plan de ataque.

Carreteras y puentes fueron tomados y se acordonó por completo la amplia manzana del rascacielos. Cientos de hombres dispusieron a dar una definitiva batida a los criminales más peligrosos de la ciudad.

Della Watkins no cesaba de preguntar a Harris:

—¿Se sabe algo de Dick y de Roger?

La respuesta era siempre negativa. Al fin, dadas las órdenes

convenientes, el inspector dijo:

—Creo que es el momento de comenzar la batalla.

Y con la muchacha se trasladó en su automóvil al edificio. Le esperaban varios agentes del

F. B. I.,

entre ellos Schuttle Monteith, el hombre valeroso que libró de una muerte cierta a los pasajeros del avión cuando el atentado contra Della.

—Que vengan diez hombres conmigo. Los demás, que derriben totalmente la valla y enfoquen los reflectores hacia los sótanos.

Las órdenes fueron cumplidas rápidamente y grandes haces luminosos iluminaron hasta el más pequeño rincón del rascacielos. Fue Della la que tropezó con un hombre atado.

—¡Inspector! Mire.

Harris se inclinó sobre el hombre, interrogándole:

—¿Por dónde se pasa a los sótanos?

El individuo calló.

—Con tu ayuda o sin ella hemos de entrar. Y a la hora de juzgarte te condenaremos por una causa más; ocultación de los malhechores entorpeciendo la labor de la Justicia.

Tales palabras le decidieron:

—Hay que bajar en el montacargas —balbució—, quitando una pila de sacos de cemento se encontrarán con una gruesa puerta.

—¿Tiene más salidas?

—Cuatro, pero todas al edificio —repuso el *gángster*—. Le aseguro que ignoro dónde dan.

—Vamos —ordenó el inspector—. Tú debes quedarte aquí, Della.

—No. Déjeme ir con usted. También sé manejar una pistola.

Y decidida sacó de la funda sobaquera del fuera de la ley una pistola de reglamento, empuñándola decidida. Sabiendo que era inútil oponerse, Harris emprendió el camino hacia el montacargas, donde bajaron poniendo manos a la obra. Detrás de los sacos encontraron a otro hombre atado, aún inconsciente.

A los pocos minutos descubrieron la puerta. De dos certeros disparos Schuttle Monteith la abrió, pasando el primero. Todos llevaban en los bolsillos de las americanas una buena provisión de bombas de mano.

Avanzaron hasta llegar al gimnasio y allí les recibieron con terrible fuego de ametralladora.

Los agentes lanzaron varias granadas por los pasillos y un fuerte olor a pólvora invadió el recinto. Con un absoluto desprecio del peligro, fueron limpiando el camino a fuerza de bombas. Oyéronse gritos de dolor, pero los «gángsters» se defendían bravamente, cediendo palmo a palmo el terreno.

Un nuevo grupo de policías, al frente del sargento Sullivan, se reunió con el inspector Harris. Dos hombres rodaron segados por una ráfaga de ametralladora.

—Della, ¡márchese! —gritó Monteith.

Mas la muchacha, sin hacerle caso, estaba siempre en el puesto de mayor peligro. Si habían matado a Dick Hadfield, ¿para qué quería ella vivir? Además, si estaba preso, le asesinarían antes de rendirse.

Vio ante sí una puerta derribada y cruzando la zona de mayor peligro penetró audazmente, caminando casi cinco minutos a través de un pasillo que terminaba en una pared. Oprimió un ratón que había en el lado derecho del tabique, girando sobre sí dejó al descubierto una abertura a través de la cual vio a un hombre de edad madura, con blancas patillas, y detrás de él, un túnel con un negro automóvil. En un rincón, atados, Dick Hadfield y Roger Logan.

Con los ojos desencajados por el espanto oyó cómo aquel sujeto decía:

—No conviene dejar testigos a la espalda. ¿Creéis que alguien reconocerá a Agnes Saladine?

Y levantó la «Browning», dispuesto a exterminar a los dos hombres indefensos. Della Watkins gritó:

—¡Quieto o le mato!

Agnes, con una rapidez increíble, se volvió, haciendo fuego contra la muchacha, que se desplomó, no sin antes disparar a su vez. El hombro del malhechor se cubrió de sangre y, rápido como el pensamiento, seguro de que detrás vendría una legión de agentes, montó de un salto en el descapotable «Studebaker», pisando a fondo el acelerador.

Dick Hadfield, con un grito de espanto, se arrastró cómo pudo junto a la mujer, adorada, llamándola desesperadamente:

—¡Della!... ¡Della!

La muchacha, en cuyo pecho florecía una rosa en sangre, balbució:

—No le reconocí hasta que no pronunció su nombre. Yo quería...

Su hermosa cabeza se inclinó a un lado, perdido el conocimiento. En ese instante, el inspector Harris apareció por el pasadizo. Al ver la escena no hizo el menor comentario, limitándose a desatar rápidamente a los jóvenes.

Hadfield, cogiendo a la muchacha en sus brazos, se dispuso a salir. Roger Logan le dijo:

—Hemos de consumir la venganza. Cualquier policía la llevará.

Dick, con el rostro contraído por el más profundo dolor, respondió:

—Y ¿de qué me sirve la venganza ni la vida si la pierdo a ella?

Abandonó el despacho por la puerta secreta. En el subterráneo seguía oyéndose el ruido constante de la fantástica batalla. Cruzó un pasillo, sintiendo silbar las balas en sus oídos y, al fin, alcanzó la puerta del montacargas. Alguien le lanzó una bomba de mano y Dick se tiró al suelo, sintiendo en sus oídos un formidable estrépito. Cuando se incorporó incólume, una barra de hierro aprisionaba el cuerpo de la muchacha. Por fortuna, varios sacos de cemento la protegieron del golpe brusco, de morir reventada.

Sin hacer caso del peligro, pues los «gángsters» se defendían también fuera de las habitaciones, ocultos entre los materiales y en las zanjás de la cimentación, Dick Hadfield se incorporó, y aplicando el hombro en la viga metálica, en un esfuerzo de titán, consiguió levantarla unos centímetros. Sus músculos en tensión, recubiertos de sangre, parecían reventar a través de las desgarraduras de su camisa. Resultaba inconcebible la proeza. Liberó a Della, a la que puso tendida dentro del montacargas. La joven tenía crispada su mano derecha, y en ella la pistola que hirió a Agnes Saladine. Se la arrebató e hizo fuego contra un hombre a su derecha. Luego, en pie en el montacargas, como un auténtico «coloso de hierro», oprimió la palanca y el ascensor inició la subida.

Arriba le esperaban un grupo de policías.

—¡Un doctor! —gritó.

A los pocos minutos, Della Watkins estaba bajo la experta

vigilancia de un facultativo.

Pidió una ametralladora, y uno del
F. B. I.,

se la entregó. Con el arma en la mano bajó de nuevo en el montacargas, disparando grandes ráfagas contra cuántos «gángsters» veía. Penetró en el subterráneo y pronto estuvo en el fragor de la batalla.

La resistencia de los forajidos era extraordinaria. Las bombas de mano arrancaban trozos de cemento, segando vidas. Al fin, Dick, con la ametralladora apoyada en la cintura, avanzó solo, en pie, contra un grupo de cuatro hombres que le vio aparecer con el terror reflejado en el rostro. Disparó una y otra vez, mientras una bala se le clavaba en un muslo y otra en el brazo izquierdo. No cayó. Ciego de ira y de dolor apretó el gatillo, observando cómo los «gángsters» eran alcanzados en pleno pecho.

Vencido el núcleo más fuerte de resistencia, quiso seguir hacia adelante, pero cayó desvanecido, bañado en sangre.

Mientras tanto, a todo correr, Roger Logan, el inspector Harris y Schuttle Monteith ascendieron por la rampa, ayudándose de sus linternas. Muy lejos, se oía el ruido del motor de un coche, hasta que al fin cesó.

—Ha llegado al exterior —comentó Roger—. ¿Dónde conducirá este pasadizo?

Continuaron caminando lo más rápidamente posible. Al fin, jadeantes, se detuvieron para cobrar alientos, más el sentido del deber se impuso a la fatiga y reanudaron el avance, para encontrarse de pronto ante un muro. Allí terminaba el subterráneo. Sin duda existía un resorte.

Lo buscaron ansiosamente maldiciéndose por su torpeza.

—Cada minuto que perdemos se me clava en el corazón. Ese miserable ya estará lejos.

Las linternas eléctricas iluminaban todos los rincones. Fue Schuttle Monteith el que gritó:

—¡Aquí!

Introdujo el cuchillo en una pequeña ranura en el suelo, descubriendo una pequeña caja, con una palanca. La hicieron girar y el muro descendió.

De un salto franquearon el obstáculo, encontrándose en una amplia nave, donde se almacenaban también elementos de construcción. Franquearon la puerta, dando a una calle estrecha que les condujo, en breves segundos, a la Quinta Avenida, junto al lujoso comercio «Saks Fifth Avenue».

Detuvieron a uno de los coches de la Policía que estaba patrullando. El inspector Harris, mientras enseñaba la insignia inquirió:

—¿Han visto pasar un «Studebaker» negro conducido por un hombre de mediana edad?

—Sí, le vi torcer por aquella calle, para tomar la dirección del Estado de Nueva Jersey.

A los pocos minutos, el coche volaba por la carretera, atravesando el Hudson.

—Más aprisa —mandó Roger Logan al policía que llevaba el automóvil a una velocidad espantosa.

El hombre pisó a fondo el acelerador. La carretera se estrechaba. La menor vacilación del conductor equivaldría a una muerte segura.

Pasaron los minutos rápidamente. Se detuvieron ante un surtidor de gasolina, donde una noticia les llenó de gozo el corazón:

—Hace unos momentos ha pasado por aquí el coche por el que preguntan. Me llamó la atención por su endiablada velocidad. Acababa de levantarme.

Reanudaron la persecución. Los faros iluminaban a ráfagas el terreno. Pronto no serían necesarios, porque comenzaba a amanecer.

—Ahí está —advirtió el inspector Harris.

A la luz del crepúsculo, a lo lejos, reverberaba la carrocería de un automóvil que, al saberse perseguido aceleró la marcha.

Aquella carrera trágica tenía que terminar. Era imposible mantener tal velocidad sin accidentes.

Los tres hombres del

F. B. I.,

apretadas las manos contra el respaldo del conductor, ajenos al peligro, observaban que, aunque lentamente, iban ganando terreno.

El coche chirrió siniestramente al tomar una curva con dos ruedas en el aire; pero, por fortuna, logró conservar la estabilidad, ganando unos metros más al «Studebaker» conducido por Agnes

Saladine.

El policía que acompañaba al conductor en el asiento delantero hizo fuego, pero la distancia era mucha para poder precisar el blanco.

Sin embargo, la caza hallábase a punto de terminar.

Roger Logan pensó en Della Watkins, que, tal vez, había muerto por salvar su vida y la de Dick, y una oleada de cólera le invadió. Bajó unos segundos la cabeza, y al levantarla, no vio al «Studebaker» del director del «*Herald*». El inspector Harris le informó:

—Ha torcido a la derecha, por una bifurcación de la carretera. Se sabe perdido.

A los pocos segundos frenaban, pues el negro coche veíase a pocos metros, abandonado.

Roger Logan, que fue el primero en apearse, se tiró al suelo violentamente, mientras una bala silbaba, a pocos milímetros de su cabeza.

—¡Cuidado! —gritó—. Está protegido en esos haces de paja de la izquierda.

Todos descendieron, parapetándose detrás del vehículo. Roger Logan habló en voz baja con el inspector Harris, y éste y sus compañeros empezaron de pronto a hacer un fuego infernal contra el miserable.

Mientras tanto, el bravo agente del
F. B. I.,

de bruces en el suelo, comenzó a describir un semicírculo para atrapar por la espalda y por sorpresa a aquel asesino que estaba vendiendo su vida a tan alto precio.

Reptando, llegó a unos diez metros a la derecha de Saladine, pero aún no le veía. Necesitaba acercarse más. Oyó la voz de Harris.

—¡Ríndete!

—Venid a buscarme, si os atrevéis —fue la respuesta del director del «*Herald*», que disparó dos veces más.

Roger Logan comprendió que el inspector pretendía distraer la atención del fugitivo. Por eso, luego de una descarga cerrada, oyó de nuevo:

—Sólo quedas tú libre. Es necio que resistas de esa manera.

Ya veía Roger Logan los pies de Saladine. Se acercó más. Un

escozor agudo en el hombro estuvo a punto de privarle del sentido. Recordó que el criminal estaba también herido, y pensó que así la lucha sería más igualada.

Tiró el revólver. Necesitaba capturarlo vivo. Continuó avanzando lentísimamente, sabiendo que se jugaba la existencia en el intento.

Alcanzó un lateral de los haces y cobró alientos. Unos dos metros le separaban de Agnes Saladine y decidió acortarlos de un salto.

Con las máximas precauciones, dirigió una mirada a su enemigo y de pronto se alzó como un fantasma vengador. El miserable quiso apuntarle con su pistola, pero ya tenía encima al bravo agente, que le propinó varios feroces puñetazos en el rostro. Roger sintió que unos dedos se enroscaban en su cuello como pequeñas serpientes, y empezó a faltarle la respiración. De nuevo, igual que minutos antes, los ojos se le llenaron de sombras. Quiso reaccionar pero no pudo.

El director del «*Herald*» apretó nerviosamente, con un gesto de alegría en su semblante; pero Schuttle Monteith, que llegaba, le propinó un fuerte golpe en la cabeza con la culata de la «German Luger», y el canalla se desplomó sin sentido.

Al despertar iba rodeado de policías camino de Nueva York. Su trágica historia terminaría en la silla eléctrica.

¡INTRIGA! ¡EMOCION! ¡AMOR!
Encontrará usted en la magnífica Colección
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
¡Un éxito más de EDITORIAL ROLLAN!

XI



Roger Logan al despertar fueron:

—¿Y Della y Dick?

Quiso incorporarse, pero una enfermera se lo impidió, respondiéndole:

—Bajo el mismo techo que usted y heridos. No se mueva. El doctor aún se maravilla de cómo ha podido luchar tanto con su herida infectada.

—¡Bah! Exagera. Los médicos sólo pretenden asustarnos. ¿Y el inspector Harris?

—Ha salido hace un momento. Ahora volverá.

Roger cerró los ojos como si acabara de ver una pesadilla. La puerta se había abierto y por ella penetraba una deliciosa mujer, de unos veintidós años, morena y de cuerpo escultural. El agente sintió

AS primeras palabras de

sobre su rostro la caricia de unos dedos, como pétalos de seda, y murmuró:

—Arlene...

—Querido...

La enfermera, discreta, salió de la estancia, dejando abrazados a los dos jóvenes. El empezó:

—Dijiste que no volverías. Si no piensas casarte conmigo es mejor que te vayas. Luego resulta más doloroso. ¡Qué largos los minutos sin tenerte a mi lado!

Ella se abrazó llorando al hombre. Susurró muy a su oído:

—No me separaré jamás de tu lado. Sé por el inspector Harris de tu heroico comportamiento, y he comprendido, aunque tarde, que América necesita de hombres como tú que sepan defenderla a costa de la misma sangre. Nos casaremos cuando mejores. Ya me acostumbraré a tus ausencias. No seré la primera esposa de un agente del

F. B. I.

En tanto tenía lugar el amoroso diálogo entre Roger Logan y su novia, dos enfermeras luchaban con Dick Hadfield para impedir que el joven se levantara:

—¡Déjenme! —gritaba—. ¡Déjenme!

El inspector Harris acudió al oír las voces. Al verle, el muchacho cesó en su forcejeo para preguntarle, con un hilo de angustia en la voz:

—¿Y Della? ¡No me engañe!

—Está bien. Hace una hora le han practicado una peligrosa intervención quirúrgica, extrayéndole la bala del mediastino. Aunque la convalecencia será larga, pasó el peligro.

Como aún viera la duda en el rostro de Dick Hadfield, agregó:

—Te doy mi palabra de honor. ¿Me crees ahora?

—El honor del

F. B. I.

¿Cómo voy a dudar de él? ¿Qué fue lo que pasó?

El Inspector hizo una relación detenida de todo, terminando:

—Roger sólo tiene una infección en su herida antigua. Empezó a moverse antes de tiempo.

—¡Hemos terminado con el Sindicato de juego de Nueva York!

—dijo, gozoso, Dick.

—Sí... por hoy —replicó muy despacio Harris—, la paz de un pueblo solo se consigue con un esfuerzo constante. Como has dicho bien, acabó la vida de una poderosa organización; pero la criminalidad no cesa, y mañana serán otros malhechores los que requieran nuestro sacrificio y nuestra vida. Después de la guerra se ha acentuado considerablemente la delincuencia. Por eso, el

F. B. I.

valora tan alto la vida de sus hombres. Ninguno cae sin que sea vengado, aunque el vacío queda a veces en torno a una figura valiente y decidida. El caso de tu hermano es uno de los que te estoy contando.

—¿No podría yo llenar ese hueco, inspector?

La petición había salido de lo más profundo del corazón de Hadfield. Harris repuso con júbilo:

—¡Esperaba que me lo pidieras! El Estado Mayor verá con mucho gusto tu ingreso en la Academia de Quantico...

Han pasado cuatro meses. En la casa del matrimonio de Della Watkins y Dick Hadfield se celebra una fiesta íntima a la que asisten otros jóvenes esposos, Arlene y Roger Logan.

—¿No vendrá el Inspector Harris?

—Aquí estoy. Bien se ve que sois felices. Se os olvida hasta cerrar la puerta. Estáis en la luna... de miel —terminó el recién llegado, sonriendo.

—¿Y su esposa? ¿Cómo no la ha traído con usted? —inquirió Della Watkins.

—Habéis de disculparla. Cuando se tienen dos chicos falta tiempo para todo.

La reunión se animó, girando la conversación sobre el reciente ingreso de Dick Hadfield en la escuela del

F. B. I.

—¿No te importará demasiado, Della? —inquirió Roger.

—Tal vez —repuso la muchacha—; pero habré de conformarme. Los sustos que pase los compensará el orgullo de saber a mi esposo dentro de la más potente y honorable organización del mundo: el

F. B. I.



Trampas mortales

¡ CONTRABANDO DE ESTUPEFACIENTES !
¡ LUCHA ENTRE «GANGSTERS» Y «G-MEN» !
¡ MISTERIO EN LA CIUDAD !

Trampas mortales

son las que preparan los «gangsters» a los agentes
especiales, paralizándolos en sus búsquedas.
Terror, ardides, emboscadas y sangre.

O. C. TAVIN

Lleva, con su magistral arte, el hilo argumental,
desconcertando y emocionando a la vez al lector,
que sentirá el placer de leer algo nuevo en este
estilo novelesco.

Trampas mortales

causará sensación en los lectores de

EDITORIAL ROLLAN

NOTAS

[1] Edgar J. Hoover, llamado «el primer policía del mundo», es en la actualidad el que dirige la Policía Federal

(F. B. I.).

< <

[2] Algo parecido a una lotería diaria. < <

[3] «Ferryboats», pequeños barcos y vaporcitos de todas clases. < <

[4] Lo agentes del

F. B. I.

son conocidos también por *G-men*, que quiere decir «hombres del Gobierno». < <

[5] Gracias, señor. < <